

La Revista Blanca



Colaboradores

Soledad Gustavo

Luisa Michel

Pedro Dorado

F. Giner de los Rios

Juan Gine y Partagas

Pompeyo Gener

U. González Serrano

José Esquerdo

A. Sanchez Pérez

Fernando Tarrida

Francisco Salazar

Manuel Cossío

Carlos Malato

Miguel Unamuno

Anselmo Lorenzo

Fermin Salvochea

Ricardo Mella

Jaime Brossa

Ricardo Rubio

Pedro Corominas

Nicolas Diaz y Pérez.

Nicolás Estévanez

Doctor Boudín

Donato Luben

P. Kropotkin

Elíseo Reclus

Sereno,

Federico Urales

Administración:

1, CRISTÓBAL BORDÍU, 1

Madrid.

Resurrección

DOS TOMOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS, **4 pesetas.**

Obra de carácter puramente socialista.  En venta: Casa editorial Maucci, Barcelona.

Biblioteca de LA REVISTA BLANCA

- LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkin, 1 peseta.
MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, dividida en tres tomos, á 2 ptas uno
EL PROLETARIADO MILITANTE, por Anselmo Lorenzo, 3 pesetas.
EL PROBLEMA SOCIAL, por P. Kropotkin, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo, 20 cts.
LEY DE HERENCIA, drama en cuatro actos, por Federico Urales, 1 peseta.
HONOR, ALMA Y VIDA, drama en tres actos, del mismo autor, 1 peseta.
ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta, 30 céntimos.
LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS, por Ricardo Mella, 1 peseta.
LA MONJA, por Diderot, 1 peseta.
ELEMENTOS DE ANARQUÍA, por G. C. Clemens, 40 céntimos.
SANTOS CASERIO, por Pedro Gori, 20 céntimos.
EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX, por Nicolás Díaz Pérez, 2,50 pesetas.
Colección del tercer año de REVISTA BLANCA, 4 pesetas.
JOSÉ MAZZINI, por el mismo, con un prólogo de Pi y Margall, 1 25 pesetas.
DE LA INSTRUCCIÓN, conferencia sobre la enseñanza laica, por el mismo, 2 pesetas.
CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA, por A. Pellicer, 75 céntimos.
ALMANAQUE DE LA «REVISTA BLANCA» PARA 1901, 50 céntimos.
ALMANAQUE DE LA QUESTIONE SOCIALE PARA 1901, 70 céntimos.
LA ANARQUIA ES INEVITABLE, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EL AMOR LIBRE, por Carlos Albert, 2 pesetas.
DEL AMOR: *Modo de acción y finalidad social*, por R. Mella, 50 céntimos.
NUESTRAS CONVICCIONES, por J. Illenatnom, 20 céntimos.
LA ANARQUÍA SE IMPONE, 20 céntimos.
MEMORANDUM, por P. Esteve, 1 peseta.
EVOLUCION Y REVOLUCION, por Eliseo Reclus, 1 peseta.
FUNDAMENTOS Y LENGUAJE DE LA DOCTRINA ANARQUISTA, por Altair, 25 céntimos.
LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ, por A. Lorenzo, 20 céntimos.
DIOS Y EL ESTADO, por Miguel Bakounine, 75 céntimos.
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN, por R. Mella, y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, todo 10 céntimos.
SOBRE CIENCIA SOCIAL, por Félix B. Basterra, 20 céntimos.
LA PESTE RELIGIOSA, por Juan Most, 20 céntimos.
LOS MALES SOCIALES. *Su único remedio*, por Emilio Z. Arana, 40 céntimos.
LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por L. Bonafulla, 10 céntimos.
¿DÓNDE ESTA DIOS?, por Miguel Rey, 20 céntimos.
LA ESCLAVITUD MODERNA, por Leon Tolstoi, 1 peseta.
LA MUERTE DE LOS DIOSES, por Dmitri Merejkowsky, dos tomos, 1 peseta tomo.
PALABRAS DE UN REBELDE, por P. Kropotkin, 1 peseta.
EL JARDÍN DE LOS SUPPLICIOS, por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
SEBASTIÁN ROCH. (La educación jesuítica) por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
IMITACIONES. LOS COSACOS, por León Tolstoi, 1 peseta.
TRABAJO, por Emilio Zola, dos tomos, 2 pesetas tomo.
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure, dos tomos, 1 peseta tomo.

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año IV—Núm. 83

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

1.º Diciembre 1901

SUMARIO

Sociología.—*La evolución de la Filosofía en España*, por Federico Urales.—*Compos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin.
Ciencia y Arte.—*La herencia de los sentimientos y de las pasiones*, por Ch. Bibot.—*Crónica científica*, por Tarrida del Marmol.—*La luz*, por Maurice Donnay y Lucien Descaves.—*El arte dramático*, por Uno del público.—*París*, por Emilio Zola.
Sección general.—*Sixto Sáenz de la Cámara*, por Nicolás Díaz y Pérez.—*Colores de la vida*, por Antonio Apolo.—*La mujer esclava*, por René Chaughí.

SOCIOLOGIA

La evolución de la Filosofía en España

(CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO VI)

Pues la filosofía sensualista, que es la parte aguda del aristotelismo, conduce directamente al anarquismo, á la sociedad natural, sin leyes, ni amos, ni castigos.

Es por demás curiosa la aplicación que los pensadores del siglo XVIII dieron á la filosofía de que tratamos. El hermano de Condillac, Gabriel Bonnos, aplica á la política el sensualismo filosófico, deduciendo, ¡buena y lógica deducción!, que la propiedad es el origen de todos los males y que sólo el comunismo hará felices á los hombres. Este es uno de los orígenes del socialismo contemporáneo.

El desgraciado Condorcet escribe su *Indagación de un cuadro histórico sobre los progresos del espíritu humano* dominado por la filosofía sensualista, y dice, en la parte en que se refiere al porvenir, que la desigualdad de fortunas desaparecerá de entre los hombres y que la humanidad constituirá una familia.

La misma dirección comunista sigue Marechal, y hasta *La Enciclopedia*, como buena hija de Condillac, pues este filósofo la engendró en los espíritus que la dieron á luz, es enemiga de la propiedad individual.

Después, ante la revolución del 89, la filosofía se reconcentra y forma así como un tratado filosófico social, acentuando aún más el carácter socialista. La escuela que tuvo su cenáculo en casa de madama Helvecio preconizaba, por boca de uno de sus más ardientes propagandistas, Destrut de Traiy, «que nuestros derechos no tienen límites y que nuestros deberes están reducidos á la obligación general que tenemos á satisfacer nuestras necesidades.» Nótese la dirección que lleva la filosofía á últimos del siglo XVIII.

Estos ligeros apuntes nos demuestran que es difícil distinguir las ideas propias de cada filósofo, así como la obra de cada científico, pues ambas ramas del humano entendimiento, la filosofía y la ciencia y aun todas las demás, se han constituido y se constituyen como la humanidad: naciendo unos de otros. Así como todos tenemos mucho de nuestros pa-

dres, así también los pensadores y los sabios tienen mucho de sus antecesores. De ahí el que el privilegio sea una injusticia, puesto que no puede saberse qué invento ó qué concepción ideológica es de uno ó de otro. Y si es cierto que la obra del progreso es la obra de la indisciplina, como hay quien dice, y nosotros aceptamos, no es menos verdad que el progreso es una pieza de tela tejida por todos los hombres de talento, en particular, y por la humanidad, en general.

Casi todo el mundo está conforme en que si no se hubieran roto los moldes, si los discípulos hubieran aceptado como bueno lo que por tal les daba el maestro, si la autoridad de los talentos consagrados no hubiese sido discutida, el progreso científico y filosófico no se habría podido realizar. ¿Pues por qué no aplicamos este criterio tan sano en el orden social? ¿Por qué queremos que sean indiscutibles los doctores que establecieron el principio de propiedad y de autoridad? ¿Por qué desconocer toda autoridad en la ciencia, convencidos de que es un obstáculo al progreso, y queremos que sea respetada en las relaciones humanas? ¿Acaso no basta á detener al hombre la idea de la utilidad en moral ó en sociología, como basta en ciencia? ¿Acaso aquella ley interior que le hace huir de lo que le repugna y acercarse á lo que le agrada, no es suficiente para mantener la armonía en la sociedad? ¿Por qué en ciencia dejamos que cada uno haga aquello que le acomode, y en esta libertad inventa y descubre, y en moral ó en sociología imponemos una regla que nos esclaviza y embrutece?

La teoría de la libertad es inarmónica en la sociedad presente, porque son inarmónicos los intereses humanos, El hombre no puede hoy obrar libremente; cualquier cosa que haga es un perjuicio para los demás; pero la autoridad sería innecesaria si en lugar de concurrir al fin particular de nuestra conveniencia, como nos obliga el privilegio, la explotación del hombre por el hombre, concurriéramos al fin general de las conveniencias comunes á todos, como nos obligaría una sociedad solidaria.

Hobbes, que no había concebido el ideal anarquista, pero que llevaba en sí muchos de sus principios, no vió en la misma doctrina sensualista, en la de la vida y de la muerte, del placer y del dolor, más que una guerra continua de hombre á hombre, escapándose á su penetración que en otra base social, el gobierno absoluto que pedía para la dirección de las sociedades, hubiera sido tan contrario al orden como favorable es á él hoy, que se necesita un gran poder para custodiar y proteger las injusticias que imperan. Los milenarios, con todo su espiritualismo, consideraban que el gobierno sería inútil en los mil años de placer que Cristo había de concederles antes del juicio final. ¿Por qué? Porque creían que la propiedad y todos los bienes serían comunes y no temían los robos ni los delitos, á pesar de que la *juerga* duraría mil años.

Hecho este pequeño estudio de la filosofía sensualista para enterar á nuestros lectores del estado en que se encontraba al penetrar en España con Eximeno, continuaremos nuestro relato.

Siguieron esta orientación de la filosofía sensualista el abate Andrés; Bernardo de la Calzada, capitán de Artillería; Valentín Fronda, cónsul en los Estados Unidos, y Ramón Campos, que en *El don de la palabra* combate la teoría de las ideas innatas y abstractas.

Ya puede apreciarse que hay una pequeña diferencia de estos filósofos teóricos á los pensadores políticos que se dieron á la tarea de traducir en hechos prácticos, de aplicación social (leyes, enseñanza, vida, etc.) las ideas concebidas por los filósofos verdaderos. Así, los centros universitarios y científicos de á principios del siglo pasado, se habían convertido en centros de discusiones filosóficas y políticas. Los escritos de Diderot y

D'Alembert se mezclaban con las teorías de Condillac y de Helvecio. Muchos catedráticos habían leído, no ya *La Enciclopedia*, sino *El contrato social*, de Rousseau, y entre ellos se distinguieron Ramón Sala, catedrático de Jurisprudencia de Salamanca, con quien se metió la Inquisición y cuya casa servía de centro de reunión á los elementos innovadores; Cañuelo, director de *El Censor*; Clavijo y Fajardo, que tradujo al español la *Historia Natural*, de Buffon. Por otra parte, en Salamanca se había fundado una librería francesa, y como aquella Universidad era aún la más importante de España, los doctores y licenciados que saltan de ella esparcían las nuevas ideas por todos los ámbitos de la Península. Así se formaron los hombres que poco después habían de escribir la primera Constitución española que consignaba la abolición de la Inquisición, la desamortización de los bienes del clero y otras reformas de este tenor, sugeridas por la lectura de *La Enciclopedia* y demás obras de indole filosófico-política. En Salamanca estudiaban por entonces Bartolomé José Gallardo y Quintana, que tanta influencia ejercieron en las Constituyentes del año 12.

Este mismo espíritu se abre camino en la literatura propiamente dicha y en el arte. Del francés se tradujeron varias obras al español. Casi todas las dramáticas de Voltaire. De Rousseau se tradujo *El contrato social* y el *Emilio*. De Volney, *Las ruinas de Palmira*. De Buffon, la *Historia Natural*. La Inquisición, á principios del siglo pasado, era ya impotente para detener la ola revolucionaria. Entonces se pudo apreciar toda la grandeza de la labor filosófica y científica de Feijóo, primero y principal iniciador en España de esta obra purificadora.

La Inquisición había prohibido la lectura de la mayoría de esos libros, y principalmente de *Francia libre* y *De los derechos del hombre y del ciudadano*. Procesó también al ya nombrado Ramón Sala, á Gregorio Vicente, catedrático de Valladolid, que estuvo ocho años en los calabozos del impropriamente llamado Santo Oficio, y á Diego de Peñalver, por haber escrito un libro con el título de *Vida natural y católica*.

En la Junta Central que se formó para hacer frente á los propósitos dominadores de Napoleón, Calvo de Rozas propuso que se decretase la libertad de imprenta, proposición que, repetida poco después en las Cortes de Cádiz, fué defendida por Argüelles y combatida por el bando reaccionario que formaba parte de aquella Asamblea, por entender que la libertad de imprenta iba contra los cánones y la disciplina de la Iglesia. No obstante, la proposición de Calvo de Rozas fué aceptada, y á consecuencia de ella, España se llenó de periódicos y de folletos. En la prensa tuvo mayoría el elemento innovador, que extendió con gran rapidez la idea de la Revolución francesa, en cuya labor les ayudaron eficazmente los llamados afrancesados, que eran el elemento ilustrado español que había hecho la causa del rey José Bonaparte, y el mismo ejército francés, que fundaba en Madrid y en otras capitales sociedades masónicas donde se explicaban pública y privadamente las ventajas de las nuevas ideas.

Decretada la libertad de imprenta, las Cortes de Cádiz completaron la obra liberal poniendo á discusión la necesidad de abolir el Santo Oficio, ó mejor dicho, de impedir que se reorganizara. pues uno de los primeros actos de Bonaparte fué disolver la Inquisición, tribunal repugnante que no pudo funcionar de nuevo por el desbarajuste de poderes que entonces se efectuó y porque todos los organismos españoles estaban descompuestos. Recordamos que el tribunal de la Inquisición de Madrid puso preso al abate Marchena, clérigo ilustre y de larga vida aventurera, que entró en España con las tropas francesas en calidad de cronista en la corte de José Bonaparte, y que Murat ordenó á un escuadrón de granaderos que penetrara en la cárcel de la Inquisición y sacara á

Marchena á viva fuerza, cosa que se efectuó sin temor á sacrilegio alguno y para bien de la humanidad.

Los discursos en pro y en contra de la Inquisición fueron largos y no libres de accidentes y de barullo. El clérigo Ruiz Padrón dijo lo siguiente en contra de aquel tribunal: «La Inquisición ha creído los mayores absurdos y castigado delitos que no es posible cometer, como los de brujería. Gracias á las luces del siglo desaparecieron esas visiones. La Inquisición ahuyentó de entre nosotros las ciencias útiles: la agricultura, las artes, la industria, el comercio... Bastaba distinguirse como sabio para ser blanco de este tribunal impuro, que, nacido en un siglo de tinieblas y sostenido por la mano de hierro de los déspotas, se alarmaba á la menor ráfaga de ilustración que pudiera con el tiempo descubrir al mundo su sistema de opresión y tiranía.»

La Inquisición fué abolida cuando se preparaba para echar mano al diputado en aquellas Cortes Sr. Gallardo, autor de un folleto que entonces circuló como pan bendito con el título de *Diccionario crítico burlesco*, y que ridiculizaba con gracia y maestría á los religiosos y religiosas de todas clases, echándoles en cara, en estilo ligero y ameno, la concupiscencia y el desenfreno á que se entregaban.

Detrás de la libertad de imprenta y de la abolición de la Inquisición vinieron otros proyectos y acuerdos calcados en el espíritu de la Revolución francesa.

Restablecido poco después en España el absolutismo y mientras duró aquella gran lucha política entre constitucionales y absolutistas, que acabó con los hombres más insignes del partido liberal y con el sistema absoluto, como si los ideales necesitaran para establecerse de la sangre de sus mejores propagandistas, el espiritualismo de Laromiguière y el eclecticismo de Víctor Cousin reemplazaron al sensualismo de Condillac y Helvecio, que representaba Eximeno. Y es que las ideas se corresponden, así en el terreno político como en el filosófico. Representaban en España á Laromiguière y á Cousin Lista, Ariban, Tomás García, López Uribe, Alonso, Gil y Zárata, Donoso Cortés...

En el terreno psicólogo, y como discípulos de la escuela escocesa de Reid, Llewart, Royer Collard, se presentan los catalanes Martí, Eixelá y Llorens, cuya orientación degenera en Cubí, en una especial frenología espiritualista, que más tarde redujo á sus legítimos términos materialistas el eminente doctor Pedro Mata, maestro de nuestros veteranos alienistas, que cuentan con inteligencias como Esquerdo y Giné y Partagás. Mata sujeta la psicología, la antropología y la psiquiatría á leyes meramente fisiológicas, negando en absoluto la fuerza y el valor que la escuela alemana había dado al falso yo; falso porque el yo no existe; somos un juguete de una infinidad de leyes orgánicas y geográficas. La razón, para Mata, no es una *facultad*, es un *estado*, que puede modificarse por cualquier accidente de medio. El hombre mejor dotado de cerebro nada sería en medio de una sociedad bárbara. Letamendi entre los antropófagos hubiera constituido un excelente manjar. La inteligencia más brillante se oscurece á consecuencia de un accidente social y moral: disgustos, recargo, emociones fuertes, desgaste nervioso, meningitis, caída que ocasione conmociones cerebrales. La razón, pues, está sujeta á causas materiales de orden fisiológico.

En medio de estas dos tendencias, la espiritualista, representada por los filósofos religiosos que sobrevivieron á la escolástica, y la materialista, que encarnaban los médicos pensadores, se manifestó un entendimiento raro, no exento de originalidad ni de lógica. Era éste Juan Alvarez Guerra, que en su libro *Unidad simbólica y destino del hombre en la tierra, ó filosofía de la razón, por un amigo del hombre*, defiende la ignorancia como medio de poder ser justos, puesto que la civilización ha pervertido el espíritu hu-

mano. Diríase que el autor de estas ideas es un acérrimo defensor del obscurantismo; mas no es así. Alvarez Guerra se presenta en calidad de panteísta, y si reniega de la civilización es por lo poco que ampara al hombre y por lo mucho que atropella sus facultades psíquicas é intelectuales, contrariamente de lo que sucede en las tribus salvajes, que tienen establecido un principio de solidaridad que se desconoce en las clases directoras de los países civilizados. En el entendimiento de Alvarez hay mucho de la idea de Nietzché y de los naturistas actuales.

La corriente de los doceañistas tiene continuadores en Alcalá Galiano, Toreno, Mendizábal, etc., mucho más políticos que pensadores. Al contrario de Sixto Cámara, Tapia, Pí y Margall, Garrido y Roque Barcia, que son mucho más pensadores que políticos. Sixto Cámara, en su libro *Del espíritu moderno, ó sea carácter del mundo contemporáneo*, y Roque Barcia en *Filosofía del alma humana*, se manifiestan humanistas, casi socialistas, de la escuela de Lamennais, á quien Larra, con la traducción de *Las palabras de un creyente*, y su discípulo y amigo Gayetano Cortes, en una obra original titulada *Ensayo crítico sobre Lamennais y sus obras*, introdujeron en España. Esta orientación socialista se acentúa aún más en Fernando Garrido y Francisco Pí y Margall, constituyendo la transición del terreno filosófico-político al terreno filosófico-económico, que otros poco después representaban con más elementos puramente sociológicos.

Nótese que casi todos estos pensadores constituyen la corriente filosófica-política que estudiaremos en el próximo capítulo, tomando á Hegel y á Proudhon como base de ella. Nuestro propósito al hablar aquí de pensadores que corresponden á una época que narraremos después, es para poder hablar desde Pí y Margall hasta los socialistas puros y anarquistas, corriente lógica en absoluto. Garrido, Cámara, Pí y Suñé, Barcia y sus compañeros son, por decirlo así, una fase del espíritu de Pí y Margall, fase que era un obstáculo para poder marcar claramente la línea del pensamiento español en el terreno político, desde Pí y Margall á sus discípulos, que concuerdan perfectamente con las ideas de Kropotkin y de Reclus.

Además, y como punto final de nuestra obra, estudiaremos la orientación individualista psicológica que siguen los artistas anarquistas de la escuela de Ibsen, todos catalanes é hijos de la escuela escocesa, que, á través de Martí, Eixelá, Llorens, etc., se apoderó de las inteligencias de Cataluña, fenómeno de orden antropológico que no nos es posible estudiar.

En resumen, nuestro capítulo próximo se dividirá en tres partes, á saber: Filosofía religiosa, Balmes, Donoso Cortés, Fray Ceferino González, Ortí y Lara y Menéndez Pelayo. Filosofía propiamente dicha, Sanz del Río, Patricio Azcárate, Giner de los Ríos, Salmerón, Gumersindo Azcárate, González Serrano, Alfredo Calderón y Pedro Dorado. Filosofía social, Pí y Margall, Oteiza, Fargas Pellicer, Anselmo Lorenzo, Teobaldo Nieva, Borrell, Lluñas, Ricardo Mella y Fernando Tarrida,

Al hacer esta división nos hemos encontrado con un pensador difícil de apreciar. Tal es Miguel Unamuno, el alma más compleja y menos española que ha visto la luz primera en España. Cristiano por sentimiento, socialista por humanidad, anarquista por temperamento (individualismo de un matiz místico), no hay medio de sujetarlo á una escuela.

Por esto hemos decidido estudiarlo por separado cosa que hubiera sido muy difícil si el Sr. Unamuno no nos hubiese facilitado un documento original que arroja mucha luz sobre la inteligencia difusa y compleja de su autor.

Y por último, haremos una ligera reseña de los artistas catalanes que conservan el

fondo psicológico, é individualista de los escoceses, sus maestros, transmitido por Eixelá y Llorens y mantenido por Pompeyo Gener, Santiago Rusiñol, Juan Maragall, Jaime Brossa, Ignacio Iglesias, Pedro Corominas, etc. etc.

FEDERICO URALES

Campos, fábricas y talleres

Es indudable que, si nos damos por satisfechos con sólo manifestar que es más barato traer trigo de Riga que cultivarlo en el condado de Lincoln, la cuestión queda resuelta en el momento. Pero, ¿es eso verdad? ¿Es realmente más barato el importar el alimento? Y aun suponiendo que lo sea, ¿no estamos, sin embargo, obligados á analizar ese resultado compuesto que llamamos precio, antes de aceptarlo como el supremo y ciego director de nuestras acciones?

Sabemos, por ejemplo, lo cargada que está la agricultura francesa de contribuciones, y no obstante, si comparamos los precios de los artículos de alimentación en Francia, que ella misma produce en su gran mayoría, con los de este país, que los importa, no hallaremos diferencia en favor de este último; por el contrario, el balance se inclinará más bien del lado de Francia, como incuestionablemente ocurría con el trigo antes de introducirse el nuevo arancel protector. Desde que se sale de París (donde los precios se encuentran más elevados á causa de los *consumos*) se ve que todo *producto del país* está más barato en Francia que en Inglaterra, y que los precios disminuyen más aún á medida que nos dirigimos á la parte oriental del continente.

Hay, además, otro aspecto más desfavorable todavía para este país, el cual es el enorme desarrollo de la clase de intermediarios que existen entre el importador y el productor nacionales por un lado, y el consumidor por otro: mucho hemos oído hablar últimamente de la parte tan desproporcionada de los precios que pagamos, que va á parar al bolsillo de los agiotistas; todos hemos oído la historia del cura del East-end, que se hizo carnicero para librar á sus feligreses de la ambición de aquéllos; hemos leído en los periódicos que muchos labradores de los condados centrales no obtienen más de 0,90 en franco por una libra de manteca, mientras que el consumidor paga de 1,84 á 2,5; y que sólo de 0,15 á 0,20 es todo lo más que los labradores del condado de Chester reciben por cuartillo de leche, en tanto que nosotros pagamos 0,40 por la adulterada y 0,50 por la pura.

Un análisis de los precios de «Covent Garden» y su comparación con los precios al por menor, que hace algunos años se hizo en el *Daily News*, demostró que el consumidor paga por vegetales á razón de francos 0,60 á 1,25, y algunas veces más, por cada 0,10 que el productor realiza. Esto es lo que *debe* de suceder en un país que importa el alimento: el productor y vendedor al mismo tiempo de sus propios productos, desaparece del mercado, y en su lugar el intermediario se presenta (1).

(1) Hace algún tiempo, un amigo mío que vivía en Londres, acostumbraba á recibir la manteca de Baviera *por paquetes postales*. Le costaba allí 12,50 las once libras, incluyendo el franqueo (2,79, 0,60 el giro, y 0,25 la carta), total, menos de 13,75; y entre tanto, otra mucho más inferior, con un 10 á un 15 por 100 de agua inclusive, se vendía en Londres á 1,85 la libra en la misma época.

Sin embargo, si nos dirigimos hacia Oriente y vamos á Bélgica, Alemania y Rusia, encontramos que el costo de la vida es cada vez más reducido; así que hallamos finalmente que en Rusia, que aún permanece agrícola, el trigo cuesta la mitad ó dos tercios menos de los precios de Londres; y la carne se vende en las provincias á cinco y diez cuartos (kopecks) la libra. Por consiguiente, podemos sostener que aún no se ha probado, ni remotamente siquiera, que sea más barato vivir de substancias alimenticias importadas que el producirlas nosotros mismos.

Pero si analizamos los *precios* y hacemos una distinción entre sus diferentes elementos, la desventaja se hace más aparente: si comparamos, por ejemplo, el coste del cultivo del trigo aquí y en Rusia, se nos dice que en el Reino Unido la fanega de trigo no puede cultivarse á menos de 10,70, en tanto que en Rusia el gasto de producción de la misma está apreciado desde 4,35 á 5,90. La diferencia es enorme, y seguiría siéndolo todavía aun cuando admitiéramos que había alguna exageración en las cifras anteriores. Pero ¿de qué proviene esta diferencia? ¿Es tanto lo que se paga de menos á los trabajadores rusos por su trabajo? La diferencia en dinero resulta grande, pero desaparece desde el momento que relacionamos los jornales con los productos: los quince francos á la semana del agricultor inglés representan la misma cantidad de trigo en su país que los 7,50 á la semana del campesino ruso representan en el suyo sin hacer mención del bajo precio de las carnes ni de lo reducido de los alquileres. Así, que al trabajador ruso se le paga la misma cantidad de frutos cosechados que aquí. Y en cuanto á la supuesta prodigiosa fertilidad de las praderas rusas, todo es pura ilusión: cosechas de diez y seis á veintitrés fanegas por acre son allí consideradas como buenas, mientras que el término medio apenas llega á trece aun en las regiones exportadoras de granos del imperio. Además, la cantidad de trabajo que se necesita para cultivar el trigo en Rusia, sin trilladoras, con un arado arrastrado por un caballo que apenas es digno de ese nombre, sin caminos para los transportes, y todo por el estilo, es ciertamente mucho mayor que el que hace falta para producir igual cantidad en el Occidente de Europa.

Traído al mercado de Londres el trigo ruso, se vendió en 1887 á 38,75 francos el cahiz, en tanto que según los datos publicados en el mismo *Mark Lane Express*, el cahiz de trigo no podría producirse en este país á menos de 45,80, aun vendiéndose la paja, lo que no sucede siempre.

Pero la diferencia de arrendamiento de la tierra en ambos países bastaría por sí sola para justificar la diferencia de precios: en la región triguera de Rusia, donde el término medio de la renta es de unos 15 francos por acre, y la cosecha es de quince á veinte fanegas, la renta se eleva de 4,35 á 7,5 en los gastos de producción de cada cahiz de trigo ruso; mientras que en este país, donde la renta y contribuciones están evaluadas según los datos del *Mark Lane Express* en una cantidad que no baja de 50 francos por cada acre de trigo, y la cosecha se estima en treinta fanegas, importando la renta 12,50 en el coste de producción de cada cahiz. Pero aunque sólo pongamos 37,50 francos de renta y contribuciones por acre, y una cosecha por término medio de veintiocho fanegas, quedan todavía 10,80 francos que han de salir de los precios de venta, para ir á parar al propietario de la tierra y al Estado.

Si en dinero cuesta mucho más el cultivo del trigo en éste país, cuando la cantidad de trabajo que aquí se necesita es mucho menor que en Rusia, se debe á la gran elevación á que llegó la renta de la tierra durante los años 1860-1880. Pero este alza fué á su vez debida á la facilidad de realizar grandes beneficios en la venta de géneros manufacturados, en el exterior.

La falsa base de la economía rural británica, y no la inferioridad del suelo, es, pues, la causa principal de la competencia rusa.

* * *

Mucho más pudiera decirse con relación á la competencia americana, por lo que necesito remitir al lector á la notable serie de artículos que tratan del particular extensamente, publicados por Schaeffle en 1886, en el *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, y á un artículo muy interesante sobre el coste del cultivo del trigo en el mundo, que vió la luz en Abril del 87, en la *Quarterly Review*. Las conclusiones de estos dos escritores se hallan completamente confirmadas por las Memorias anuales de la Cámara de Agricultura Americana, y lo que Schaeffle había previsto, fue después corroborado por los sucesivos trabajos de Mr. J. R. Dodges. Según éstos, la fertilidad del suelo americano ha sido muy exagerada, pues la mayor parte del trigo que América manda á Europa, y que procede de sus granjas del Noroeste, se cria en un suelo cuya fertilidad natural no es más elevada, y á menudo inferior á la del término medio de las tierras europeas no abonadas. La granja de Casselton, en Dakatá, con sus veinte fanegas por acre, es una excepción; pues el término medio de los principales Estados del Oeste es sólo de once á doce fanegas. Si queremos encontrar un suelo fértil en América, y cosechar de treinta á cuarenta fanegas, tenemos que acudir á los antiguos Estados orientales, donde el hombre ha hecho el suelo con sus manos.

Pero no lo hallaremos en los territorios los cuales se satisfacen con cosechas de ocho á nueve fanegas; y otro tanto puede decirse con respecto al suministro de carnes; habiendo demostrado Schaeffle, que la gran masa de ganado que vemos en el censo de la ganadería de los Estados no se cria en las praderas, sino en los establos de las granjas, del mismo modo que en Europa; pues en aquéllas sólo encontramos una onceava parte del ganado vacuno, una quinta del lanar, y una veintinueve del de cerda.

Descartada así la «fertilidad natural», debemos buscar las causas sociales, encontrándolas en los Estados occidentales en la baratura de la tierra y en la buena organización de la producción; y en los orientales, en los rápidos progresos del cultivo intensivo en grande.

Es evidente que los sistemas de cultivo deben variar según las diferentes condiciones: en las vastas praderas de Norte América, donde se podía comprar la tierra desde 8 hasta 50 francos el acre, y donde espacios de 100 á 150 millas cuadradas, en una sola suerte podían dedicarse al cultivo del trigo, se aplicaron sistemas especiales, siendo los resultados excelentes. En vez de arrendarse la tierra, se compró; en otoño se trajeron á ella yeguas enteras, y la labranza y la siembra se hicieron con ayuda de formidables arados y segadoras, enviándose después los caballos á tomar el verde en el monte, despidiéndose á la gente, y quedando un hombre, ó á lo más dos ó tres, á invernar en la granja. A la primavera, los agentes del dueño empezaban á recorrer las posadas en centenares de millas alrededor, y reclutaban toda la gente que encontraban sin trabajo, de la que siempre había en abundancia, gracias á la que remite Europa para el tiempo de la recolección. Batallones de trabajadores marchaban á los campos de trigo, donde acampaban; se traían los caballos del monte, y en una ó dos semanas se había segado, trillado, aventado y puesto en sacos, por medio de máquinas inventadas al efecto, la cosecha, enviándola al elevador más próximo, ó directamente á los buques que la llevaban á Europa; después de lo cual se volvía á desbandar la gente, se echaban de nuevo los caballos al campo, ó se vendían, y una vez más quedaban sólo dos hombres en la granja.

La cosecha por acre era pequeña, pero la maquinaria se hallaba tan perfeccionada, que de este modo trescientos días de trabajo de un solo hombre producían de 200 á 300 cahíces de trigo, ó, en otros términos—no siendo de importancia el área del terreno,—cada trabajador producía en un día su consumo de pan anual (ocho fanegas y media de trigo), y tomando en consideración todo el demás trabajo se calculó que el trabajo de 300 hombres en un solo día entregaba al consumidor de Chicago la harina que hace falta para el alimento anual de 250 personas. Así, pues, doce horas y media de trabajo es lo que se necesita en Chicago para proporcionar á un hombre su provisión anual de harina de trigo.

Bajo las especiales condiciones que se presentaban en el extremo Oeste, este procedimiento era ciertamente apropiado para aumentar de un modo rápido el suministro de trigo de la humanidad, siendo verdaderamente adecuado, al abrirse á la explotación grandes territorios vírgenes é inhabitados; pero tal sistema no podía convertirse en permanente. De este modo se quedaba pronto el suelo exhausto, la cosecha disminuía, y pronto había que recurrir á la agricultura *intensiva*, cuya aspiración es recoger grandes cosechas en áreas reducidas. Tal ocurrió en Iowa en 1878: hasta entonces, ese Estado era un emporio para la producción del trigo en la forma que acabamos de indicar; pero el suelo se había ya agotado, y cuando sobrevino una enfermedad á la planta, el trigo no tenía fuerza para resistirla.

PEDRO KROPOTKÍN.

(Traducción de Salvochea).

CIENCIA Y ARTE

La herencia de los sentimientos y de las pasiones

Si pasamos al hombre, los primeros fenómenos afectivos que se nos ofrecen son los de la *sensibilidad orgánica* ó *cenestesia*, que es una especie de tacto interno, el cual nos advierte del estado de nuestros órganos, de la tensión de nuestros músculos y de cualquier esfuerzo muscular en general, del estado de cansancio, de voluptuosidad, etc... Este sentimiento general de la existencia, este *Gemütsgefühl*, es el resultado de un número infinito de pequeñas sensaciones internas que provienen de los nervios, de los músculos, de la circulación, de la nutrición, en una palabra, de todas las funciones cuyo conjunto constituye lo que llamamos nuestro modo de ser.

No puede dudarse que la herencia transmite estos modos afectivos, y es probablemente aquí donde hay que buscar el origen verdadero de todas las semejanzas de carácter. Pero estos estados internos tienen un aspecto tan vago, que apenas es posible comprobar su transmisión. Creemos, sin embargo, que la herencia de ciertas inclinaciones, instintos ó repugnancias extrañas, se debe referir á estos modos inconscientes, que son la base de toda conciencia y de todo pensamiento.

Así los autores hablan de familias, en las cuales la más ligera dosis de opio producen un estado convulsivo. Zimmermann cita una en que el influjo del café disponía al sueño; producía sobre ella el efecto del opio, y éste, por el contrario, no tenía acción sobre ella. Otras familias soportan muy mal los vómitos, otras los purgantes y otras las sangrías.

Montaigne, á quien ha preocupado la cuestión de la herencia, porque heredaba de su familia una afección calculosa, había también heredado de ella una antipatía invencible hacia la medicina. «Esta antipatía que tengo á su arte (el de los médicos) es hereditaria. Mi padre ha vivido setenta y cuatro años, mi abuelo setenta y nueve, mi bisabuelo cerca de ochenta, sin haber probado ninguna clase de medicinas, y entre ellos todo lo que no era de uso ordinario hacía oficio de droga. Mis antepasados tenían repugnancia á la medicina por alguna inclinación oculta y natural, porque sólo la vista de las drogas horrorizaba á mi padre. El señor de Gerviac, mi tío paterno, hombre de iglesia, enfermizo desde su nacimiento, y que, sin embargo, hizo durar esta débil vida hasta setenta y siete años, habiendo caído en una grande y fuerte fiebre continua, ordenaron los médicos se le dijese que si no quería ayudar, estaba infaliblemente muerto. Este pobre hombre, aún asustado, como lo fué, por esta horrible sentencia, dijo sin embargo: Entonces soy muerto. Es posible que yo haya recibido de ellos esa antipatía natural á la medicina (1).»

Cuando se pasa de las sensaciones orgánicas repartidas por todo el cuerpo á las necesidades é inclinaciones que tienen asiento en un órgano especial, es fácil poner ejemplos ciertos de pasiones transmitidas hereditariamente: esto es lo que vamos á ver para las tres principales necesidades físicas: la sed, el hambre y el apetito sexual,

La pasión conocida bajo el nombre de dipsomanía ó *alcoholismo* se transmite tan frecuentemente que todo el mundo está de acuerdo en considerar su herencia como la regla. No es que la pasión de beber se transmita siempre bajo esta forma á los descendientes, sino que á veces degenera en manía, idiotismo, alucinación. Igualmente la locura de los ascendientes puede convertirse en alcoholismo en los descendientes. Nada más propio que esta incesante metamorfosis para hacer ver cuánto se aproxima la pasión á la locura, para mostrar por qué lazos íntimos se unen todas las generaciones, y, por consiguiente, qué responsabilidad pesa sobre cada uno de nosotros. «Uno de los efectos frecuentes del alcoholismo, dice Magnus Huss, es la atrofia parcial ó general del cerebro: este órgano disminuye hasta el punto de no llenar la caja ósea, de aquí una degeneración mental que, en los niños, produce locos ó idiotas.»

Gall habla de una familia rusa en que el padre y el abuelo habían muerto prematuramente víctimas de su inclinación por los licores fuertes; el nieto, desde la edad de cinco años, manifestaba el mismo gusto en el más alto grado.

Girou de Buzareingues dice que conoce muchas familias en que el gusto de la embriaguez se ha transmitido por las madres.

En nuestros días, Magnus Huss y Morel han recogido tantos hechos sobre la herencia del alcoholismo, que no hay más que elegir.

Un hombre dado á las bebidas alcohólicas tiene un hijo que desde la infancia mostró los instintos más crueles. Obligado á alistarse, vendió sus efectos militares para procurarse aguardiente, y sólo se sustrajo á la pena de muerte por los informes de los médicos que probaron la irresistibilidad de la inclinación. Entró en una prisión para morir allí de una parálisis general.

Otro se da muy pronto á la bebida y muere de alcoholismo crónico, dejando siete hijos, cuya historia va á continuación. Los dos primeros murieron de poca edad á consecuencia de convulsiones. El tercero se volvió loco á los veintidós años, y murió idiota. El cuarto, después de tentativas de suicidio, cayó en el idiotismo más degradado. El quinto, irritable y misántropo, ha roto sus relaciones con toda su familia. Su hermana sufre un es-

(1) Montaigne, *Essai*, II, 31.

tado neuropático con predominio de los fenómenos histéricos y locura intermitente. El séptimo, obrero muy inteligente, pero de temperamento nervioso, emite espontáneamente sobre su porvenir intelectual los pronósticos más desesperantes.

M. Trélat, en su *Folie lucide*, cuenta que una señora regular y económica era presa de accesos de dipsomanía irresistible. Furiosa contra sí misma, se injuriaba, se llamaba miserable y borracha, mezclaba con su vino las substancias más desagradables, pero en vano, la pasión era siempre más fuerte. La madre y el tío de esta mujer eran igualmente dipsómanos.

Morel ha referido la historia de una familia de los Vosgos, en que el bisabuelo era dipsómano y murió de sus excesos: el abuelo, poseído de la misma pasión que su padre, murió maniático, tuvo un hijo mucho más sobrio, pero atacado de hipocondría y de tendencias homicidas, que tuvo á su vez un hijo afectado de estupidez y de idiotismo. Así, en la primera generación, excesos alcohólicos; en la segunda, embriaguez hereditaria; en la tercera, tendencias hipocondriacas; en la cuarta, estupidez y extinción probable de la raza.

Por lo demás, he aquí las conclusiones generales de este autor, uno de los que han estudiado mejor las degeneraciones, Crueldad precoz, pereza, necesidad de vagancia, idiotismo; esta sería la herencia ordinaria de los hijos de alcohólicos. La suspensión del desarrollo intelectual (suponiendo que haya comenzado) sería la regla después de la segunda infancia. Las genealogías de borrachos demuestran que las nueve décimas partes de los niños mueren antes de un año; los que llegan á la pubertad pueden con gran trabajo engendrar monstruos.

Recordemos finalmente que la estadística en América ha mostrado que los hijos de alcohólicos están expuestos diez veces más que los demás á cometer crímenes ó delitos (1).

En cuanto á las pasiones que tienen su origen en la necesidad de comer, sería imposible citar hechos que estableciesen de una manera tan clara su herencia. La glotonería y la voracidad no producen de ordinario resultados tan deplorables como el alcoholismo. No es raro, sin embargo, encontrar familias en las cuales es hereditaria la voracidad. Esta observación se ha hecho con los Borbones. Saint-Simon, nos cuenta que Luis XIV era de una voracidad extraordinaria; lo mismo ocurría con su hermano. Casi todos los hijos del rey fueron glotones y muy tragones, y esta pasión se transmitió á sus descendientes.

Un caso más curioso y comparable al alcoholismo, por su carácter morboso, es el hecho de antropofagia citado por Gall, Lordat y Prosper Lucas. Una familia de Escocia había padecido de una inclinación instintiva por la antropofagia durante muchas generaciones: diversos miembros de esta familia habían pagado con su vida esta inclinación, y había sido preciso vigilar judicialmente á otros (2). Es probable que hijos de caníbales, criados en Europa, darían en medio de nuestra civilización ejemplos de las mismas tendencias. Aunque no conozco ningún hecho de esta naturaleza, hay que confesar que el gusto de estos salvajes civilizados por la vida aventurera, su ineptitud para doblegarse á nuestras costumbres, justifican un poco estas presunciones.

La geofagia que ha encontrado A. de Humboldt en todas las regiones tropicales es un caso curioso de herencia morbosa. «Los hombres, dice este naturalista, tienen la rara costumbre, casi irresistible de comer tierra, una arcilla grasa, de olor fuerte. Con frecuen-

(1) Despino. *De la folie*, pág. 461.

(2) Lucas, I, 391 y 497.

cia hay que encerrar á los niños para impedir, después de una lluvia reciente, que salgan á comer tierra. En las orillas del Rfo-Madalena, Humboldt ha visto comer grandes pedazos de arcilla á mujeres ocupadas en la alfarería. En la misión de San-Barjo vió al hijo de una india que, al decir de su madre, no quería comer casi nada más que tierra: por esto tenía el aspecto de un esqueleto. Los negros de la Guinea tienen la misma inclinación: comen una tierra amarillenta que llaman *caouac*; transportados como esclavos á América, tratan de procurarse una semejante,

Sobre lo que se refiere al apetito sexual y á su trasmisión hereditaria, hay apenas necesidad de insistir. Esta pasión está ligada con un órgano que depende de la ley de herencia. En apoyo de esto se ofrece una multitud de nombres de la historia: Augusto y las dos Julias, Agripina y Nerón, Marozie y Benito IX, Alejandro VI y sus hijos, Luisa de Saboya y Francisco I, etcétera. En todas las clases de la sociedad se pueden citar hechos análogos, y todo el mundo puede conocer familias en que esta disposición es hereditaria.

«Yo he conocido, dice P. Lucas, un hombre de una pasión desenfrenada por el vino y las mujeres. Tuvo un hijo que, apenas adolescente, llevaba al extremo estos dos vicios. Quitó una querida á su padre, que nunca se lo perdonó, ni aún á su muerte. Este fué su comienzo; después se ha arruinado y se ha visto reducido á vender sus colchones para pagar á las mujeres públicas. El hijo de este hombre acaba de morir joven, pero incorregible de los mismos vicios que su padre y su abuelo.»

Este autor cuenta un hecho todavía más instructivo, porque excluye toda hipótesis de imitación. «Un cocinero de gran talento para su oficio, se ha visto en toda su vida, y hasta ahora mismo, arrastrado con frenesí hacia las mujeres. A esta pasión se ha agregado el gusto por la sodomía. Uno de sus hijos naturales, que vive separado de él, *que no le conoce* y que todavía no tiene diez y nueve años cumplidos, ha presentado, casi desde la infancia, todas las señales de un erotismo lúbrico, y, cosa notable, tiene como su padre el gusto de dirigirse indiferentemente á uno y otro sexo (1).»

CH. RIBOT,

CRONICA CIENTIFICA

La transmisión de la tuberculosis.—Refutación de la tesis del doctor Koch.—Máquinas parlantes.—Aparato del doctor Marage.—Teleógrafo de M. Barber.—Las administraciones eléctricas en Inglaterra.

Se recordarán las famosas declaraciones que el doctor Koch hizo últimamente en Londres en el Congreso de la tuberculosis. El célebre bacteriólogo berlinés afirmó que la tuberculosis del hombre y la de los bovinos son dos enfermedades diferentes, y dedujo que la propagación de la terrible enfermedad por la leche ó la carne de los animales es apenas más frecuente que la tuberculosis hereditaria. Por consecuencia, añadía, no hay que tomar contra ella ninguna medida seria.

El doctor Beyer combate recientemente con otros sabios, pero de una manera más concreta, las conclusiones del doctor berlinés. Comienza por recordar que la transmisión de la tuberculosis del hombre á la raza bovina es posible, como lo han establecido los

(1) P. Lucas, I, 479.

experimentos sucesivos de Villemin, de Cháuseau, de Klebs, de Kitt, de Croohskark, de toda una falange de sabios concienzudos que han demostrado la identidad de la tuberculosis bovina y humana.

Por lo demás, Koch mismo, que rechaza hoy lo que respetaba ayer, consolida este edificio científico, ya tan sólido, por el descubrimiento del bacilo de la tuberculosis, que encontró, no sólo en el hombre, sino en los productos del primer grado de tisis del buey. En el hombre, como en el buey, el bacilo es el mismo; sus propiedades permanecen idénticas.

Falta considerar el problema á la inversa. ¿Es transmisible al hombre la tuberculosis del buey? En este punto la demostración está herizada de dificultades espinosas, por no ser posibles los ensayos de patología sobre el hombre.

Trooksark ha podido, por ejemplo, inocular esputos de tísico á un becerro y comprobar que el animal quedaba tuberculoso. Pero ¿quién osaría hacer el experimento inverso? ¿Quién asumiría la responsabilidad de inocular á un sér humano la tisis bovina? Ya sé que, según las declaraciones de Koch, no han faltado valerosos voluntarios que se han ofrecido prestarse al peligroso experimento; pero los ofrecimientos, que se sepa, no han sido aceptados; creo que no lo serán, porque el cuerpo humano no debe ser un laboratorio bacteriológico.

A la clínica corresponde la solución del problema, y, como lo hace observar el doctor Beyers, no es fácil que la clínica suministre demostraciones absolutamente irrefutables. No obstante, estas demostraciones existen con resultados apreciables, referentes especialmente á las inoculaciones accidentales, involuntarias, que sufren los veterinarios practicando la autopsia á los bovinos tuberculosos.

Straus ha citado este caso publicado por Jhone: Un joven veterinario, de familia perfectamente sana, se hirió en el pulgar haciendo la autopsia de una vaca tuberculosa; la herida curó sin supuración, pero al cabo de seis meses se desarrolló un tubérculo en el sitio de la cicatriz, y poco tiempo después aparecieron síntomas de tuberculosis pulmonar, á la cual no tardó en sucumbir el desgraciado.

En el mismo Congreso de Londres, el profesor Nocard, combatiendo la afirmación del doctor Koch, citó los casos de Jansen, Morés y Walley, que se inyectaron también accidentalmente examinando bueyes tuberculosos; Morés y Walley sucumbieron, y Jansen se salvó gracias á una intervención pronta y radical.

En presencia de ese doloroso martirologio, hay el derecho de preguntarse si tiene razón de ser el valor heroico del doctor Garnault y de algunos otros convencidos que se han ofrecido á la inoculación del virus tuberculoso de los bovinos.

Para el doctor Beyers, lo importante es saber si la ingestión de leche y la ingestión de carne de bovinos tuberculosos puede dar la tuberculosis al hombre, y esto es lo que interesa al gran público.

Resulta, pues, que las autopsias hechas por el doctor Stills, de Londres, prueban que el 30 por 100 de los tuberculosos infantiles son intestinales. M. Shemann, de Edimburgo, trabajando sin anuencia del doctor Stills, ha obtenido un resultado casi idéntico (29 por 100). Estos datos estadísticos permiten admitir la transmisión de la tuberculosis de los bovinos al hombre por la vía intestinal.

Las cifras precedentes se refieren á la transmisión por la leche; en lo concerniente al contagio debido á la ingestión de las carnes tuberculosas, es más difícil de establecer. Los niños ya mayorcitos y los adultos consumen carne, pero como suelen simultaneear con la leche, es difícil y casi imposible precisar el verdadero origen de la infección.

En cuanto á los experimentos que Koch ha opuesto á los que hemos indicado antes, M. Beyers prueba que no están al abrigo de una crítica minuciosa; porque si en ciertos experimentos del doctor alemán los bovinos han parecido no ser sensibles á las culturas del bacilo humano, podría ser esto únicamente cuestión de terreno de adaptación. Además, los experimentos del doctor Koch no han dado resultados absolutamente negativos.

Por lo mismo, sus declaraciones no han convencido á los congresistas de Londres, cuya mayor parte le han opuesto en la misma sesión objeciones importantes.

M. Beyers reconoce, no obstante, que el doctor Koch tiene el mérito de haber resucitado la iniciativa de los investigadores, que no tardarán en repetir sus experimentos y en verificar sus conclusiones.

*
*
*

El doctor Masage acaba de inventar una máquina parlante que no transmite, como el fonógrafo, la voz humana, sino que produce voz propia, imitando á la perfección las palabras que un hombre podría pronunciar.

El procedimiento es sencillísimo: basta hacer que pasen corrientes de aire á través de una serie de receptáculos cuya parte interior tiene una forma que imita las diferentes posiciones de la boca al pronunciar tal ó cuál vocal.

¿Quién no conoce la lección del maestro de filosofía de M. Jourdain?

El sonido A se forma abriendo mucho la boca; el E acercando la mandíbula de abajo á la de arriba, etc. Estas bocas artificiales hácese con materiales plásticos, con dentaduras artificiales y se flanquean con sirenas que dan la combinación apropiada para cada sonido; es decir, sirven de consonantes.

*
*
*

Un ingeniero residente en Lausana, M. Barber, acaba de inventar un instrumento que reproduce automáticamente sobre el papel las conversaciones telefónicas.

Este instrumento, llamado por su inventor *teleógrafo*, se aplica sobre los teléfonos ordinarios, y los experimentos hechos sobre distancias de 100 kilómetros han tenido éxito feliz.

He ahí dos importantes innovaciones en el dominio de la acústica.

*
*
*

En un estudio completo sobre el socialismo municipal inglés, M. Eugenio Moutet da interesantes noticias sobre el origen de las administraciones eléctricas y su desarrollo en Inglaterra.

El primer ensayo se hizo en Brodfort en 1890: el primer año hubo un déficit de 1.700 libras esterlinas; en 1892 hubo ya un beneficio de 1.300, que ha ido aumentando los años sucesivos hasta llegar á 10.000 libras en números redondos.

En 1893 Manchester siguió el ejemplo de Brodfort, y luego Liverpool. En estas dos importantes ciudades manufactureras los beneficios reemplazaron pronto á las pérdidas, y han ido en aumento á medida que disminuta el precio de la unidad eléctrica.

Liverpool no ha tardado, sin embargo, en adquirir las fábricas construídas por las Compañías, y este ejemplo ha sido seguido por muchas ciudades inglesas, que hacen ensayos muy lucidos de socialismo municipal.

TARRIDA DEL MÁRMOL

← LA LUZ →

Drama en cinco actos, por Maurice Donnay y Lucien Descaves

(CONTINUACION DEL ACTO SEGUNDO)

ESCENA IV

LOS MISMOS Y ROS (*entrando por la puertecita de la derecha*).

ROS.—Buenos días, compañeros.

PELÁEZ.—Buenos, ROS.

ROS.—La compañera de Menéndez ¿ha vuelto del mercado?

PELÁEZ.—No. Y Menéndez falta también á la lista.

ROS.—Temo que se haya retrasado. Tomás también ha ido á vender un becerro esta mañana..... necesitamos dinero para las imposiciones; pero estoy sin temor, ellos parecerán..... ¿Te hace reír esto, Calamarite?

CALAMARTE.—Sí; estás frente á frente de la sociedad que repudiaste, en la situación de un divorciado que lo condenaron á pagar una pensión de alimentos á su antigua esposa. Tú tienes todas las cargas del matrimonio.

ROS.—Dí mejor las cargas del divorcio. Lo esencial es no tener más la mujer. Nuestras relaciones con la sociedad las hemos reducido á un *mínimum*. Indícanos un medio de hacerlas menos frecuentes.....

CALAMARTE.—¡Oh! mi opinión ya la conoces: no sienta uno un clavo en una tabla podrida. Es preciso primero cambiar la tabla. Pruébame tú que estoy equivocado..... No quisiera otra cosa que engañarme y aun juntar lealmente mis esfuerzos á los tuyos para hundir el clavo, ¿qué puedo hacer más?

ROS.—Sí, tú eres un camarada decidido..... pero tu propensión á criticar desalienta á las personas menos convencidas que nosotros. En fin, veamos, ¿no vivimos nosotros con gozo, seguridad y armonía?

PELÁEZ.—¡Eh, eh! ahí está el carro que viene del mercado con Rosalía, Magdalena, Tomás y..... ¿quién más?..... pero si es Menéndez. Pues bien, ¡está fresco el parroquiano!..... Magdalena hace señas que se vaya á ayudarla á descargar lo que trae..... Venga usted, tío Rafael (*Salen. Se ve el carruaje parado delante de la puerta*).

ESCENA V

BARTOLO, ROS, CALAMARTE, MAGDALENA, ROSALÍA, MENÉNDEZ Y TOMÁS

MAGDALENA.—(*Empujando á su marido todavía ligeramente ebrio*). ¡Téngase usted! ¡Contemplad el cuadro y decidme si puede soportarse! ¿Queréis saber dónde lo he recogido? A orillas del camino, en la zanja. Allí ha pasado la noche.

MENÉNDEZ.—Yo te explicaré: es por la colonia.....

MAGDALENA.—¡Eso no es verdad! Nada tentas que hacer en Caspe. ¡Y yo que tan gozosa vine aquí porque no hay tabernas!

MENÉNDEZ.—Te digo la verdad; es para la propaganda, He prestado servicios á unos amigos; ellos quertan pagar mi jornada y les he dicho: «¿Por quién me tomáis? ¿qué he

hecho? Yo no trabajo por el dinero. Sólo acepto los cambios naturales, sin valor estimable. «Cambios naturales es lo que quieres?» han contestado. Entonces me han conducido á una casa de bebidas en donde me he retardado un poco....

MAGDALENA.—¿Y á esto tú lo llamas propaganda para la colonia? Ahora que tus amigos te han enjuagado la boca deben considerarse como dispensados contigo, con nosotros....

MENÉNDEZ.—¿Tú crees?

MAGDALENA.—¡Probable! Pregunta al amigo Ros. ¡Es éste el bonito ejemplo que tú das! Deberías avergonzarte de ello. ¡Qué se pensará de nosotros!

MENÉNDEZ.—Entonces yo no soy más que un inconveniente.... es verdad.... un inconveniente.

MAGDALENA.—Por esta vez no te equivocas.

MENÉNDEZ.—Soy indigno de formar parte de la colonia, ¡soy indigno!.... Echadme, yo os deshonro; esto recae sobre vosotros. Castigadme.... castigame, Ros, tienes derecho.

ROS.—No, yo no tengo derecho á eso. No hay aquí sala de policía; reconoces tu falta; no volverás más á caer en ella.

MENÉNDEZ.—Eso, Ros, te lo prometo.

ROS.—Entra á dentro y duerme un poco.

MAGDALENA.—Si esto es todo lo que tienes que decirle, mañana empezará de nuevo.

MENÉNDEZ.—Magdalena tiene razón: sí, merezco al menos una repulsa... Dámela, Ros.

MAGDALENA.—(*Vivamente.*) Yo no pido eso; pero una advertencia, alguna cosa....

ROS.—Vamos, Menéndez, tú no eres un niño, ni yo soy un patrón.... Cuando estarás sereno, hablaremos. Siéntate allá ahora; Magdalena, hagamos nuestras cuentas.

(*Menéndez se sienta y queda pensativo.*)

MAGDALENA.—He ahí las cuentas Ros: por las legumbres, manteca y huevos, veintisiete pesetas; tres pollos que he vendido, doce.... esto hace pues, treinta y nueve pesetas.

ROS (*escribiendo en su cartera*).—Dices treinta y nueve pesetas.

MAGDALENA.—¡Ah!... tres perras grandes que olvidaba..., hacen la cuenta.

ROS.—Treinta y nueve pesetas treinta céntimos.

MAGDALENA.—De las cuales ha de deducirse los comestibles que Rosalía ha comprado... cuentas claras.

ROS.—¿Cuánto?

MAGDALENA.—Diez pesetas cincuenta y cinco.

ROS.—Resta, pues, veintiocho pesetas setenta y cinco.

MAGDALENA.—Es exacto. (*A su marido*). ¿Vienes tú?

MENÉNDEZ.—¿Verdad que no me quieres, Ros?

ROS.—No mucho. Pero como todos tenemos nuestras debilidades, confío en que otra vez serás más razonable.

MENÉNDEZ.—¡Te lo juro!... ¡Si yo vuelvo á las andadas quiero que se me juzgue!

MAGDALENA (*entrando en la casa*).—¡Oh! de promesas no faltan nunca. (*Salen los dos.*)

ESCENA VI

LOS MISMOS, MENOS EL MATRIMONIO MENÉNDEZ.

ROS.—Ahora nosotros dos, Tomás. ¿Se ha vendido el becerro?

TOMÁS (*cara afeitada y astuta, de campesino*).—¿Si he vendido la ternera?

ROS.—Sí.

TOMÁS.—Muy cierto que está vendida.

ROS.—¿Cuánto?

TOMÁS.—¿Por cuánto la he vendido?

ROS.—Sí.

TOMÁS.—¡Oh! no muy cara. Decías bien; el momento es poco favorable. Se había de esperar... ¿me escuchas?

ROS.—¿Cómo si te escucho? Se te ha dejado libre porque con respecto á eso tú, mejor que nosotros, podías saberlo.

TOMÁS.—¡Seguro! Sólo que un becerro de seis semanas es demasiado joven... y su madre es demasiado vieja... En fin, lo hecho, hecho está, y no podemos cambiar de opinión.

ROS.—Por fin, ¿nos dirás...?

TOMÁS.—Pero no podíamos en este momento reparar en precios. Era menester pagar las imposiciones, ¿verdad?

ROS.—¿Por qué dices esto?

TOMÁS.—Si digo esto es porque... ¡caramba! se explica. Yo no quisiera se me reprochara...

ROS.—Pero si no te reprocho nada. Cada uno obra en interés general.

TOMÁS.—Muy cierto.

ROS.—En fin, ¿cuánto?

TOMÁS.—Cuarenta pesetas.

ROS.—¿Cuarenta pesetas?

TOMÁS.—¡Oh! muy barato por cierto... pero no he podido obtener ni un céntimo más.

ROS.—Poco es, en efecto. ¡Tanto peor! ¿Tienes el dinero?

TOMÁS.—Ya lo creo que lo tengo.

ROS.—Pues dámelo.

TOMÁS.—Helo aquí. Un billete de 25 pesetas, dos duros y dos escudos.

ROS.—Está bien la cuenta.

TOMÁS.—Ahora, si tú crees que otro habría de vender mejor, lo envías en mi lugar cuando llegue ocasión.

ROS.—No es cuestión de eso. Tomemos la costumbre de reasumir las responsabilidades de nuestros actos sin vigilancia ni libros de cuentas.

TOMÁS.—No pido más... no pido más. *(Acercas á él el bote de tabaco y saca de su bolsillo una enorme pipa, que llena. Bartolo lo mira. Desde el principio de la escena está ocupado en fijar unas palomillas encima de la puerta, sirviéndose de la escalera de Peldéz; después coloca el busto sobre el estante que ha hecho.)*

BARTOLO.—¡Eh, amigo! cuando tengas una tagarnina, guárdamela.

ROS.—¿Es que fumas ahora?

TOMÁS.—¡Caramba! ya que el tabaco es común á todos, está bien que cada uno tenga su parte.

ROS.—Bueno; pero yo creo que te hace dolor de estómago.

BARTOLO.—¡Oh! no es esto lo que me causa dolor de estómago... eso es un castigo... ¿verdad, Tomás? *(dando familiarmente buenos golpes con la mano á la espalda del labrador, llevándosele por el foro.)*

ESCENA VII

ROS, CALAMARTE, ROSALÍA (*que entra*).

ROS.—¿Deseas alguna cosa, Rosalía?

ROSALÍA (*que tiene cara de mal genio, mirando á hurtadillas á Calamarte*).—Es que...ROS (*comprendiendo su desconfianza*).—Puedes hablar delante de Calamarte; supongo que nada tenemos que ocultarnos unos á otros.

ROSALÍA.—Es justo. Pues bien; quiero decirte que Tomás te roba. No es por cuarenta pesetas por lo que ha vendido el becerro, sino por cuarenta y cinco.

ROS.—¿Cómo lo sabes?

ROSALÍA.—Lo sé porque lo sé. Hace mucho tiempo que desconfío de él. Habría podido encontrarlo con las manos en la masa, pero he reflexionado que era mejor prevenirte.

ROS.—Has obrado bien y mal á la vez. Has obrado bien en no hacer salir al exterior un escándalo peligroso para la colonia, y has obrado mal en haberme participado una cosa que yo preferiría ignorar.

ROSALÍA.—Si el que aquí debe intervenir...

ROS.—Este no soy yo. Nada te autoriza á tratarme como un amo ó un mayordomo. No soy lo uno ni lo otro, porque nosotros creemos precisamente poder pasar sin ambos.

ROSALÍA (*colérica*).—¿Entonces debemos dejar que Tomás nos robe sin decir nada? ¿Debemos dejar á Menéndez que malgaste sin hacer nada, mientras mi marido se apesrea en su oficio de tejedor?

ROS.—No digo eso. Los compañeros y yo encontraremos un medio de hacer sentir á Tomás su poca delicadeza. En caso de reincidir tomaremos medidas para ponerlo en la imposibilidad de perjudicarnos...

ROSALÍA.—¿Y si eso no basta?

ROS.—Está tranquila; entonces Tomás comprendería que su presencia aquí no es necesaria y volvería á satisfacer sus instintos comerciales en la sociedad, cuyas puertas le permanecen abiertas. En cuanto á Menéndez, merece un poco de indulgencia. Tiene el defecto de achisparse alguna vez; pero es un excelente obrero, que vuelve en seguida á recobrar el tiempo perdido. Nosotros no hemos de disputar sobre el número de horas que trabajamos.

ROSALÍA.—Si es así, supón que nada he dicho. Pero debo decirte que te encuentro demasiado suave. ¿Es este también tu parecer, Calamarte?

CALAMARTE.—Ya que quieres conocer mi parecer, debo decirte, Rosalía, que encuentro que el abuso de confianza de Tomás y la intemperancia de Menéndez no me parecen menos penables que la denuncia tuya.

ROSALÍA.—¡Está bien! ¡Sólo faltaba esto!

CALAMARTE.—Veamos; ¿estarías contenta si nosotros reveláramos á Tomás el nombre de la persona que le denuncia?

ROSALÍA.—¡Os prohibo decirlo!

CALAMARTE.—¡Ves! Juzgándote tú misma demuestras la inutilidad de juzgarnos los unos á los otros.

ROSALÍA.—¡Si lo tomas así, buenos días! (*Sale, cerrando la puerta con estrépito.*)

(Se continuará.)

EL ARTE DRAMÁTICO

En el teatro Español.

LA MAYA, ALEGORÍA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO, DE LEOPOLDO CANO

Es una gran vergüenza lo que pasa en España con el arte dramático y su crítica. El Sr. Cano ha escrito una obra superlativamente mala, y ningún crítico ha sentido la dulce necesidad moral de exponer esta verdad al público.

Los críticos teatrales, como hombres sin voluntad y sin fe en su misión, han salido del atoladero en que los ha metido el autor de *La Maya* con cuatro vulgaridades de esas que engañan al autor y á los espectadores. El convencionalismo, un convencionalismo que representa la última fase de la vida intelectual de un pueblo, se ha apoderado de los espíritus que en Madrid se ocupan de las manifestaciones sociales, morales ó artísticas; y los puntos que deja libres aquella enfermedad que devasta todas las energías, están tomados por el favoritismo ó por la hipocresía. Así continúan haciéndose la ilusión de que viven actores, autores y críticos.

A pesar de todo, no creemos tan tontos á los empresarios y á los directores para considerar que no han comprendido, á la simple lectura de *La Maya*, que carece de todas las condiciones que ha de reunir una obra teatral para ser representable, no ya para ser aplaudida. La crítica dramática no carece del gusto artístico indispensable para que no haya visto lo mismo. No obstante, la dirección ó la empresa admitió la obra, y la crítica, si no la pone por las nubes, no dice de ella que es un adefesio artístico, que la acción y el desarrollo no entran ni en los límites de la *posibilidad imaginada*.

Caramanchel y *Zeda*, que son los que han hablado con más franqueza de *La Maya*, no han dicho lo que deberían decir, lo que piensan de ella.

Si un niño, con la inexperiencia teatral y la falta de concordancia escénica que hay que suponer en todo párvulo, se hubiese propuesto escribir un drama, lo hubiera hecho mejor que el Sr. Cano, porque el niño, cuando menos, habría obedecido á la lógica de sus emociones y de sus gustos y de sus infantiles facultades. Pero el autor de *La Maya*, dominado por un propósito que carecía por completo de condiciones artísticas, ha atropellado la lógica y el sentido común, haciendo hablar á sus personajes de la manera que le daba la gana y con el único propósito de hacer versos y epigramas; presentándolos y retirándolos de la escena cuando al Sr. Cano le parecía que habían dicho bastantes sentencias y habían sido lo suficiente valientes para batir á los yanquis á fuerza de consonantes. Los personajes de *La Maya* cambian de opinión y de afectos sin una racional evolución psicológica que lo explique; odian y aman con tanta variedad y con tanta ausencia de justificación, que el espectador, por muchos esfuerzos que haga, nada de lo que ve puede explicarse, ni le es posible orientar su atención ni calmar el sobresalto que le producen las cosas inverosímiles que pasan por delante de sus ojos.

Esto como obra estética, separada del propósito social que lleva todo drama. De la *aspiración*, del *motivo* vale más no hablar. *La Maya* hace el efecto de una conversación habida entre personajes de la mitad del siglo pasado, y aun así hemos de admitir que hablan sin motivo y se suceden las escenas sin hilación.

Si un autor novel se presentase á los directores de teatros con *La Maya* debajo del brazo, tendría que andar por los teatros cincuenta años, y si á la vejez quisiera verla representada, la pondría sobre las tablas de Variedades y corriendo los gastos de su cuenta.

En el teatro Martín.

LA HUELGA, DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA DE PABLO CASES

El Sr. Cases ha escrito una obrita muy recomendable, tanto por el desarrollo de la acción, como por el problema que trata. En *La Huelga* hay caracteres dibujados de mano maestra; tales son el tío Perujo, y con menos relieve, el joven administrador de la fábrica, espíritu de burgués aunque sea un asalariado. Los demás personajes no resisten el ambiente real de la vida, particularmente el obrero socialista. Los socialistas *naturales* no son como Ubaldo, y en el teatro es preciso acercarnos lo más posible á la realidad. El Sr. Cases no conoce la psicología del socialista, ó mejor dicho, su *educación doctrinal*. El obrero socialista, por dignidad propia, si no por respeto á los demás, por la concepción de la sociedad ideal que tiene en su cerebro, en la que todo el mundo gozará de iguales derechos, no puede exigir nada á sus compañeros, puede suplicar, todo lo más pedir; pero no puede irles con desplantes ni con órdenes, aunque tenga más ilustración que los demás, porque esta misma ilustración le ciñe á una doctrina de amor y moral refida con las órdenes que se dan con arrogancia.

Por otra parte, el socialismo católico y el socialismo cristiano son añagazas de los actuales poderes, quienes, viendo que el mundo se les escapa de las manos, hacen lo indecible para retenerlo en ellas. El socialista del Sr. Cases confía en la justicia divina, cometiendo una falta de lógica doctrinal. El socialista no cree en la Providencia, desde el momento que lucha y se organiza, es decir, desde el momento que toma su emancipación por cuenta propia y no la fia á los sacerdotes ni á los dioses. El socialista de *La Huelga*, dice: «El hambre hace mártires». Ningún socialista es capaz de pronunciar tamaña tontería. El hambre hace hambrientos y nada más. Los grandes mártires han sido precisamente los mejor alimentados, aquellos que, dotados de salud y de energía, fueron lo suficiente sanos para defender hasta el martirio los grandes ideales. El hambriento es débil, está anémico, y la anemia y la debilidad son los principales factores de la esclavitud. En la revolución el hambre puede ser lo accesorio, pero lo principal es la idea, y ésta supone cierta porción de energía de que carece el hambriento. Nadie que padezca hambre se rebela si no tiene el convencimiento de que su dolor de estómago es una consecuencia de la injusticia social. El Sr. Cases nos presenta en *La Huelga* un obrero que se dice socialista, y como tal tiene los defectos psicológicos que le hemos señalado.

Si ningún escultor ni pintor puede ser buen artista sin tener conocimientos de fisiología y de anatomía, ningún autor dramático puede ser buen dramaturgo sin conocer la psicología del hombre en general y de sus caracteres particulares cuando se trata de un prestamista, de un soldado ó de un socialista; caracteres que, en la psíquica de cada uno de los hombres, tienen obra propia, ó mejor, *organos psicológicos* propios que lo distinguen, por su manera de ser y de sentir, de las demás personas. Pues si el autor dramático no *adivina* estos estados de la mentalidad humana, no es artista; si no los estudia, nunca será un autor completo.

De corrido podemos señalar al autor de *La Huelga* estas faltas de mecanismo teatral, de lógica y de arte escénico:

No es natural que un burgués millonario, dueño de varias fábricas de azúcar, declare, en medio de sus obreros y de sus obreras, que piensa casar á su hija con un empleado de la fábrica, cuando esta confesión no está justificada por una constante comunicación de afectos entre patronos y trabajadores y una vida de armonía, que es lo contrario de lo que sucede en la fábrica de azúcar de Motril presentada en escena por el Sr. Cases.

Tampoco es natural que en un taller que se distingue por lo que explota y vigila á los operarios, éstos se sienten encima de los sacos de azúcar para echar un párrafo y fumar un cigarro. Tal hacen los obreros de la *azucarera del Sr. Cases*, no porque sientan necesidad de fumar y de charlar, sino porque al autor le conviene enterar al público de que entre los trabajadores hay quien murmura de Ubaldo, cosa que podrían hacer sin dejar el trabajo.

La hija del dueño de la fábrica hace dos salidas á la escena que no se explican, sobre todo aquella del segundo acto en que aparece en medio de los sacos, de las cajas y de las máquinas, *para poder* separar á los dos rivales que llegan á las manos. Además, el padre de Elena quiere impedir á toda costa que su hija ame al obrero socialista, y el preferido como yerno por el dueño de la fábrica le ayuda en esta tarea, y, sin embargo, los dos, después de aquella escena violenta habida entre los pretendientes, dejan solos á los amantes sin causa justificada ni posibilidad de que la haya. ¿Que esta escena le conviene al autor para producir efecto y explicar ciertos hechos? El artista ha de poder presentar á las tablas escenas naturales y lógicas sin perjuicio del arte, y si no puede lograr unir el arte con la vida real, no es artista. La posibilidad de lo que ve el espectador influye muchísimo en la producción de la emoción estética, que es de lo que se trata.

Además de los defectos expuestos hay otros de sentido común y de tiempo, que omitimos en gracia á la brevedad. Dos amantes se citan á las diez de la noche, y las diez de la noche dan á los cinco minutos de haberse dado la cita.

De todas maneras, *La Huelga* vale más que *La Maya*.

*
*
*

A los autores de ambas obras hemos de decir que ha llegado la hora de declarar anticuados y contrarios al arte moderno los apartes y los monólogos, que no se dan en la vida real. Ningún cuerdo *habla para sí* dando voces, y nada que lo oiga el público dejan de oírlo las personas que están en la escena, aunque al autor le convenga enterar á los espectadores de cosas que no conviene que sepa algún personaje. ¿Que los apartes y los monólogos representan el pensamiento de los personajes? Ya lo sabemos; pero repetimos que el artista ha de desechar lo que no sucede en la vida real, buscando otra manera de enterar al público de lo que ha de saber para el mejor efecto y la mejor claridad de la obra. La naturalidad, la realidad, la posibilidad de lo que pase en la escena, sin las cuales no es posible la emoción estética, lo demandan. Así construyen sus obras dramáticas en el extranjero los modernos autores.

UNO DEL PÚBLICO.

PARIS

(CONTINUACIÓN)

Y con ademán solemne declaró que era el soñador social, junto al sabio escrupuloso, muy metódico y modesto ante los fenómenos. Su esfuerzo constante tendía á llevarlo todo á la ciencia, y le apesadumbraba no poder probar científicamente en la naturaleza la igualdad, ni aún la justicia de que la necesidad le acosaba socialmente. Su desesperación era no poder llegar á poner de acuerdo su lógica de hombre científico con su amor de apóstol quimérico.

Pero Pedro, que se había quedado junto á la gran ventana, mirando hacia París, de donde llegaban los últimos clamores de la noche, estaba sumido en sus dudas y desesperación. Era demasiado aquel hermano, caído en su casa con sus creencias de sabio y de apóstol; aquellos hombres que iban á discutir allí sobre todos los extremos del pensamiento contemporáneo; y aquel Salvat, en fin, que llevaba la exasperación de su acto de locura. Y él, que los había escuchado á todos desde entonces, mudo, sin hacer un ademán, sentíase ahora poseído de tal amargura, que no pudo menos de ser franco, y en un acceso de cólera y de dolor, dejó escapar su secreto.

—¡Ah! hermano, exclamó, si tú tienes tu sueño, yo tengo mi llaga, que me corroe y me acaba... Tu anarquía, tu sueño de felicidad, para el que Salvat trabaja á fuerza de bomba, es la locura final que lo borrará todo. ¿Cómo no lo ves? El siglo termina entre escombros. Hace ya más de un mes que os escucho; Fourier arruinó á Saint-Simón; Proudhon y Comte han demolido á Fourier; todos acumulan las contradicciones y las incoherencias, y no dejan más que un caos, entre el cual no se atreve uno á elegir. Las sectas socialistas pululan; las más razonables conducen á la dictadura; las otras no son más que sueños peligrosos, y al fin de tal tempestad de ideas no hay más que tu anarquía, tus atentados, que se encargan de concluir con el antiguo mundo, reduciéndole á polvo... ¡Ah! ya preveía y esperaba esa catástrofe última, esa locura fratricida, la inevitable lucha de las clases, en que nuestra civilización debía zozobrar. Todo lo anunciaba, la miseria de abajo y el egoísmo de arriba, los crujidos del antiguo edificio humano, á punto de hundirse por el exceso de crímenes y de dolores. Cuando fuí á Lourdes, era para ver si el Dios de los pobres de espíritu hacía el milagro que se esperaba, devolviendo la creencia de las primeras edades al pueblo cansado de sufrir tanto; y cuando marché á Roma, fué con la cándida esperanza de hallar la nueva religión, necesaria para nuestras democracias, la única que podía pacificar el mundo, haciendo renacer la fraternidad de la edad de oro. ¡Pero qué necedad la mía! Acá y allá no he hecho más que tocar el fondo del vacío. Donde yo soñaba tan ardientemente la salvación de los demás, tan sólo he conseguido perderme yo mismo, como un buque que zozobra, y del cual no se encontrará ya jamás un resto. Un lazo me retenía aún junto á los hombres, la caridad, las heridas aliviadas, curadas tal vez al fin; y este último lazo se ha roto ya, la caridad inútil é irrisoria ante la alta y soberana justicia que se impone, y que ninguno puede retardar más á esta hora. Es cosa concluída; no soy más que ceniza, un sepulcro vacío en mi dolorosa angustia interior. ¡No creo ya en nada, en nada, en nada!

Pedro se había levantado, con los dos brazos abiertos, como para dejarse caer en el inmenso vacío de su corazón y de su cerebro; y Guillermo, aturdido ante aquel nihilista desesperado, que todo lo negaba, revelándose de pronto en el sacerdote, acercóse á él estremeciéndose.

—¿Qué dices, hermano? ¡Tú, á quien creía tan firme y tan sereno en tu creencia, tú el sacerdote admirable, el santo á quien esta parroquia adora! ¡Yo no quería ni siquiera discutir tu fe, y tú eres quien lo niega todo, sin creer en nada!

Pedro abrió de nuevo los brazos en el vacío.

—No hay nada; he tratado de saberlo todo, y no he hallado más que el dolor de ese nada que me agobia.

—¡Ah! ¡Pedro mío, querido hermano, cuánto debes sufrir! ¿No es la religión más consoladora que la ciencia, puesto que á este punto te ha conducido; mientras que yo sigo siendo un viejo loco lleno aún de quimeras?

Así diciendo, cogió sus manos y estrechólas, poseído de compasión ante aquella figu-

ra grandiosa que expresaba el espanto, aquel sacerdote que dejando de ser creyente, velaba por la creencia de los demás, desempeñando casta y honradamente su profesión, con la tristeza altiva de su mentira. Y esta última debía pesar en su conciencia, puesto que así se confesaba en el trastorno de todo su sér. Para hablar así, era necesario que muchas cosas le hubiesen movido: la reconciliación con su hermano, las conversaciones que oía cada tarde, el drama terrible en que se hallaba mezclado, sus reflexiones sobre el trabajo en lucha contra la miseria, y la sorda esperanza que le devolvía al corazón la juventud intelectual de mañana. ¿Y no se indicaba el estremecimiento de una fe nueva en el exceso mismo de su negación?

Guillermo debió comprenderlo al verle poseído de ternura, al verle salir del persistente silencio que había conservado tanto tiempo; y le hizo sentar junto á la ventana, colocándose á su lado sin dejar sus manos.

—Yo no quiero que sufras, hermanito; no me separo ya más de tí, y voy á cuidarte, pues te conozco mucho mejor que tú te conoces. Tú no has sufrido jamás sino por la lucha de tu corazón contra tu pensamiento, y dejarás de padecer el día en que se pongan de acuerdo, y en que ames lo que comprendas.

Y bajando la voz, añadió con infinita ternura:

—¡Mira, nuestros pobres padres continuaron en su lucha dolorosa en tí; tu eres demasiado joven y no has podido saber! Yo los conocí muy desgraciados, él, porque nuestra madre le trataba de condenado, y ella, padeciendo por la falta de religión de su esposo. Cuando él murió, destrozado aquí mismo por una explosión, ella vió en esto el castigo de Dios; y ha sido siempre el espectro culpable que vagaba por la casa, por más que fuese hombre honrado, de noble corazón, y trabajador incansable, amante de la verdad, y deseoso del bien de todos... Desde que pasamos las noches aquí, me parece que su sombra nos rodea, que ha despertado en nosotros; y ella también, la santa mujer está siempre allí, prodigándonos su ternura, y obstinándose en no comprender... Ellos son los que me han retenido tal vez aquí tanto tiempo, y que ahora están presentes para poner así tus manos en las mías.

Pedro creyó, en efecto, sentir pasar sobre él el soplo vigilante y cariñoso que su hermano evocaba.

—Comprenderás, Pedro, continuó Guillermo, que será preciso que tú los reconcilies, porque no pueden reconciliarse sino en tí. Procura, pues, ponerlos de acuerdo, satisfaciendo un día, según tu razón, ese deseo eterno de amar, de sacrificarte y de vivir, deseo que no has podido realizar nunca. Tu miseria no reconoce otra causa. Vuelve á la vida, ama y sé hombre.

Pedro profirió una exclamación de desconsuelo.

—¡No, no, dijo, la muerte de la duda ha pasado por mí, secándolo todo, arrasándolo todo, y nada puede servir en este polvo frío! Es la impotencia total.

—Pero en fin, replicó Guillermo, cuyo sentimiento fraternal se angustiaba, tú no puedes persistir en esta negación absoluta, porque ninguno lo hace, y cada cual, hasta el hombre más desengañado, tiene su quimera y esperanza. Negar la caridad, negar la abnegación, el prodigio que se puede esperar del amor... ¡Ah! confieso que no he llegado á tal punto. Y ahora que me has dado á conocer tu llaga ¿por qué no he de revelarte mi sueño, la loca esperanza que me hace vivir? ¿Van á ser los sabios los últimos soñadores y no se desarrollará muy pronto la fe sino en los laboratorios de los químicos?

Una extremada emoción agitaba á Pedro, y entre su cabeza y su corazón hubo lucha durante un momento. Después, cediendo á una profunda compasión, y vencido por la

ardiente ternura que le inspiraba aquel hermano tan desgraciado, habló; pero habíase acercado más á Pedro, le estrechó contra sí, y en aquel abrazo se confesó á su vez, bajando la voz, como si alguien hubiera podido sorprender su secreto.

—¿Por qué no has de saberlo tú? exclamó. Mis hijos mismos lo ignoran, pero tú eres hombre, tú eres mi hermano, y puesto que no hay más sacerdote en tí, al hermano es á quien me confío.

Y Guillermo le habló de su invención, un explosivo nuevo, una pólvora de tan extraordinaria fuerza, que sus efectos eran incalculables. Había descubierto el uso de esta pólvora en una máquina de guerra, bombas lanzadas por un cañón especial, cuyo empleo debía asegurar una decisiva victoria al ejército que se sirviese de él. Durante largo tiempo había buscado, dudado, y hecho repetidos cálculos y experimentos; más ahora tenía la fórmula exacta de la pólvora, y los dibujos para el cañón y las bombas, que se hallaban en lugar seguro. Al cabo de algunos meses de ansiosas reflexiones, había resuelto dar su invento á Francia, á fin de asegurarle la victoria en la próxima guerra con Alemania. Sin embargo, no le cegaba el patriotismo, y tenía, por el contrario, una idea internacional muy extensa sobre la futura civilización de libertad. No obstante, creía en la nación iniciadora, en Francia, y sobre todo en París, hoy cerebro del mundo, de donde debía partir toda ciencia y toda justicia. La idea de libertad y de igualdad se había desvanecido al soplo poderoso de la Revolución, por su genio, por su valor, la emancipación definitiva emprendería su vuelo; era preciso que París alcanzase la victoria para que el mundo se salvara.

Pedro había comprendido, gracias á las conferencias sobre los explosivos á que asistió en casa de Bertheroy; y la grandiosidad de aquel proyecto, de aquel sueño, le impresionaba, por el extraordinario destino que se ofrecería á París vencedor, en el brillo fulgurante de las bombas; pero también le llamaba la atención la nobleza que tenían á sus ojos las angustias de su hermano hacía un mes. Guillermo no había temblado sino por el temor de que su invento se divulgase á causa del atentado de Salvat. La menor indicación podía comprometerlo todo, y aquel pequeño cartucho, cuya explosión asombraba á los sabios, podía descubrir su secreto. Quería elegir la hora; comprendía la necesidad de obrar en el misterio cuando llegase el día, y hasta entonces era preciso que el secreto durmiera en el escondite en que lo guardaba, confiado á la custodia de la señora Leroi, la cual, habiendo recibido instrucciones, sabía lo que era necesario hacer en el caso de que él mismo desapareciera por un brusco accidente. Confiaba en ella tanto como en su propio valor, y nadie llegaría hasta su secreto mientras que ella estuviese en pie.

—Ahora, concluyó Guillermo, ya conoces mi esperanza y mi angustia; podrás ayudarme, y hasta sustituirme si yo no llegase al fin de mi tarea... ¡Hay horas en que dejo de ver claro mi camino, desde que estoy aquí encerrado, desde que reflexiono, devorado por la inquietud y la impaciencia! ¡Ese Salvat, ese miserable, á cuyo crimen hemos contribuido todos, y á quien se persigue como una fiera; esa clase media, jamás saciada, que se dejará aplastar por la caída de la antigua causa vacilante, más bien que tolerar la menor reparación; esa prensa codiciosa, abominable, dura para los pequeños, que acuña moneda con las desgracias públicas y está dispuesta á comunicar el contagio de la locura para aumentar su tirada! ¿Dónde está la verdad, la justicia, la mano de lógica y de salud que debemos armar con el rayo? ¿Será París vencedor, París dueño de los pueblos, el justiciero, el salvador que se espera?... ¡Ah! la angustia de creerse dueño de los destinos del mundo, de elegir y resolver.

Guillermo se había levantado, poseído de la cólera y el temor de que tanta miseria

humana impidiese la realización de su sueño. Y en medio del profundo silencio que se siguió, no se oyó más que el rumor de un paso regular y continuo.

—Sí, salvar á los hombres, amarlos, querer que todos sean iguales y libres, murmuró Pedro con amargura. ¡Mira, escucha sobre nuestras cabezas los pasos de Barthés, que te responde desde el eterno calabozo donde le arrojó su amor á la libertad!

Pero Guillermo se hallaba ya en su estado normal, y con el entusiasmo de su fe volvió á estrechar á Pedro entre sus brazos, exclamando:

—¡No, no! estoy en un error, y llego á blasfemar. Quiero que estés conmigo lleno de esperanza y de certidumbre; es preciso que trabajes, que ames y que renazcas á la vida, porque solamente ésta podrá devolverte la paz y la santidad.

Algunas lágrimas asomaron á los ojos de Pedro, penetrado de aquel ardiente cariño.

—¡Ah! exclamó, quisiera creerte y tratar de curarme. Verdad es que comienzo á despertar vagamente; pero revivir no me es posible; el sacerdote ha muerto en mí; no soy más que un sepulcro vacío.

Y en tal sollozo prorrumpió, que Guillermo no pudo retener sus lágrimas; y los dos hermanos, estrechamente abrazados, lloraron sin fin, poseídos de una ternura inmensa, en aquella casa de su juventud, donde los padres vagaban, esperando que sus queridas sombras se reconciasen y disfrutaran de paz. Y por la ventana abierta de par en par, toda la dulzura del jardín penetraba; mientras que allá abajo, en el horizonte, París se había entregado al sueño, en el monstruoso desconocido de las tinieblas, bajo un cielo inmenso tachonado de estrellas.

EMILIO ZOLA

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona).

SECCIÓN GENERAL

Sixto Sáenz de la Cámara

(RECUERDOS DE MI PRIMERA EMIGRACIÓN)

IV

Aparte ya de estos recuerdos históricos que nos trae á la memoria el problema de la Unión Ibérica, que tanto preocupó á Sáenz de la Cámara á su llegada á Lisboa, y una vez reconocido por él el fracaso de los iberistas, dedicóse con su proverbial actividad á iniciar trabajos revolucionarios, encaminados á la proclamación de la República en una capital importante de España. Nada más natural en él que esto.

La vida del emigrado es la conspiración, y de conjura en conjura, sus actos todos van encaminados á reintegrarse en su patria, llevando el triunfo de sus ideales. No podía sustraerse Sáenz de la Cámara á este deber, y combinando relaciones, barajando voluntades, creyendo en palabras de amigos, confiando en promesas de correligionarios, soñó con iniciar en Badajoz un movimiento político, que, secundado en Málaga, Sevilla y Cádiz, diese el triunfo de la idea republicana. Acaso fuese esto una locura, un disparate, un sueño, por la falta de preparación en el país para cambiar tan radicalmente su forma de

gobierno; quizás Sáenz de la Cámara, al intentar en 1859 su plan, sin contar con Figueras, Orense, Castelar, García Ruiz, ni Rivero (quienes de antemano condenaban el movimiento), obraba con imprudencia; pero hay que reconocer que en aquellos tiempos—cuarenta y dos años atrás—el plan de Sáenz de la Cámara era atrevido y seductor, y sólo el acometerlo como él, poniéndose al frente de los insurrectos, tenía la grandeza de que han carecido otros directores de revoluciones y otros promovedores de motines y pronunciamientos.

Sáenz de la Cámara abandonó sigilosamente Lisboa en la noche del 1.º de Julio, y se trasladó á Elvas, dando allí cita á los demócratas más conocidos en Alburquerque, Olivenza y Badajoz, y donde ya estaban esperándole otros de Málaga, Cádiz y Sevilla.

Era á la sazón Elvas (y lo sigue siendo hoy), la plaza fuerte de mayor importancia que cuenta Portugal. La guarnecían en 1859 un batallón de Cazadores (el núm. 8), un regimiento de línea (el núm. 14), varios escuadrones de caballería y dos baterías de artillería de plaza. Algunos jefes y oficiales de estas tropas, que habían tratado en Lisboa á Sáenz de la Cámara y conocían sus trabajos revolucionarios, eran afectos al movimiento proyectado, y hubieran tomado parte en él á haber tenido éste carácter iberista.

El lugar donde se reunían los conspiradores era el parador ó posada (*estalagem*, llaman los portugueses), situado á la entrada en la ciudad, por la puerta de Olivenza, á mano izquierda, en cuya casa vivían de tiempo atrás los hermanos Moreno Ruiz, ya establecidos en Elvas, para mejor dirigir los trabajos revolucionarios. El día 3 de Julio se celebró la reunión magna, en cumplimiento de la siguiente convocatoria, que recibimos todos los que tomábamos parte en la conspiración:

«Sr. D. Nicolás Díaz y Pérez.—Porto.

Lisboa 27 de Junio de 1859.

MI QUERIDO AMIGO: El día 3 del próximo estaré en Elvas, donde por la noche nos reuniremos los amigos que usted ya conoce en la posada de Diego, para tratar de ultimar los trabajos del asunto que ya sabe. Estoy muy animado por las noticias que recibo de Alicante y Cádiz. Supongo que usted no nos faltará, y así lo espera su afectísimo amigo y correligionario, *Sixto Cámara*.

»P. D.—El amigo Argüelles le entregará á usted para mí una letra, que cobraré en Elvas, contra el comerciante José Núñez da Silva, nuestro vicecónsul en dicha plaza, y á más 3.000 pesetas en efectivo».

El día 2 me instalaba yo en la ya citada posada elvense, en espera de Sáenz de la Cámara, á quien aguardaban los hermanos Moreno Ruiz, varios republicanos de Málaga, Cádiz, Sevilla y Alicante, y mis amigos Benigno Pérez, comerciante de Alburquerque, el comandante Mariano Amieba, y Gonzalo Moreno, industrial de Badajoz. Sáenz de la Cámara llegó aquella madrugada en el coche-correo de Lisboa.

Me presentó José Moreno Ruiz al dueño de la posada, Diego Gómez, un buen portugués, quien me hizo almorzar en familia con él, su mujer, Catalina Dominga, sus hijas, María de los Dolores y María Juana, y sus hijos, Andrés y José, que todos me parecieron excelentes personas. A María de los Dolores la hice depositaria de las 3.000 pesetas que traía en monedas de plata desde Porto; á su padre de los papeles y documentos importantes que pudiesen comprometerme y, después de haber saludado á varios correligionarios que vinieron á verme, me retiré á descansar, que buena falta me hacía, pues no pude dormir las dos noches anteriores y el viaje nada había tenido de corto ni de cómodo. Desperté á la mañana siguiente y cuando bajé á almorzar me encontré en el comedor con

Sáenz de la Cámara rodeado de todos los amigos. Cambiamos impresiones unos entre otros sobre el *futuro* suceso y todos nos la prometíamos muy felices.

A las ocho de la noche, después de haber cenado y tomado café en El Elvense, celebramos la sesión magna. Comenzó Sáenz de la Cámara por darnos cuenta de la situación de los trabajos revolucionarios en Andalucía. Nos leyó varias cartas de Fernando Garrido, director *El Pensil de Iberia*, participándonos que parte de la guarnición y de la marinería de Cádiz estaba comprometida para lanzarse á la calle al primer aviso; el representante de Málaga decía que se contaba con dos regimientos, con tres compañías de cazadores y dos escuadrones de caballos; en Alicante toda la guarnición secundaría el movimiento republicano, apenas fuese iniciado en alguna plaza fuerte; en Sevilla las tropas y el pueblo estaban dispuestos en hacer el movimiento; Pablo Soler respondía de secundarlo en Zaragoza; Antonio Artadil y Ceferino Trescera escribían que en Barcelona contaban con algunos elementos y, por último, Gonzalo Moreno respondía que en Badajoz estaba todo tan preparado, que á cualquiera hora podría darse el grito. Benigno Pérez, por informes que le habían dado D. José Carbonell, D. Dionisio Fernández y el comandante retirado D. Benito Ventura, negaba en parte esta afirmación. A su entender, sólo los sargentos y cabos de la guarnición de Badajoz y Olivenza, y no todos, estaban hablados, porque Gonzalo Moreno no pudo tratar sino con las clases más modestas de la milicia, aquella que iba á su taberna á jugar á las cartas y beber copas de vino. Se hacía, pues, necesario comprometer á varios jefes y oficiales, por lo que en rigor podía decirse que no se había hecho cosa de gran provecho.

Y en efecto, faltaba para iniciar el movimiento en Badajoz las tropas que guarnecían esta plaza y las de Olivenza, y como ninguno de los que acompañaban á Sáenz de la Cámara se prestase á explorar la voluntad de los jefes, oficiales y sargentos, él se comprometió á ello, con aquel corazón tan grande y aquella fe ciega que le animaba en tales empresas revolucionarias.

El 6 de Julio, todos los congregados de la junta de Elvas emprendieron la marcha á sus respectivas localidades, á fin de concertar un golpe de fuerza para el 1.º de Septiembre. Sáenz de la Cámara, acompañado de su secretario, D. José Moreno Ruiz, se dirigió el día 8 á Olivenza con ánimo de conferenciar con los oficiales del Provincial de Badajoz y con los de caballería de Albuera; pero apenas entraba en la ciudad, cuando su futuro plan fué descubierto en Badajoz por el comisario de policía D. Vicente Campos, quien al punto lo comunicó al antiguo brigadier carlista Sr. Decombes, al auditor Sr. Ablanado y al abogado Fernández.

Todos estos personajes cayeron sobre el capitán general exagerando los hechos, abultando las consecuencias y estimulándole á que obrase con energía, *fusilando á todos los que apareciesen con sospechas de entrar en la revolución*; para cuyo efecto presentaban la lista de más de cien personas. Con la premura del rayo salieron para Olivenza fuerzas de la Guardia civil y toda la gente policíaca á las órdenes de Campos. Antes que estas fuerzas llegasen á Olivenza, nuestros correligionarios mandaban con Victoriano Balaer noticias de lo que ocurría á Sáenz de la Cámara, y éste, sorprendido de que su plan fuese ya público, y por el temor de haber comprometido á muchos militares, abandonó precipitadamente la ciudad, seguido de su secretario, y se dirigió á pie en derechura á la frontera portuguesa.

Era aquella mañana, la del día 9, una de las más calurosas de Julio. Sáenz de la Cámara no estaba acostumbrado á las fatigas que imponía una larga caminata por veredas y matorrales en pleno sol, y á las doce del día. Cansado y molido, se paró á beber en una

charca, cayendo á poco sin sentido, asfixiado por el calor y el cansancio. Su secretario le auxilió como pudo, pero falto de medios para trasladarle donde pudiese recibir los auxilios de la ciencia, lo cogió entre sus brazos y le condujo al cortijo más inmediato (el de los Cerecera, propiedad de D. Augusto Andrade), donde ya Cámara, con el extorcer de la agonía, le aconsejó se escapara á Portugal para librarse de los horrores de una persecución. Moreno Ruiz, cumpliendo con el deber del amigo y del caballero, se negó á abandonarle.

Dos horas más tarde llegaba á Olivenza la noticia del triste suceso, y la Guardia civil, con el policia Campos, recogían en un carro el cádaver de Sáenz de la Cámara.

Su secretario fué conducido á las prisiones militares de San Francisco, á Badajoz, en tanto que en el cementerio de Olivenza, después de hecha la autopsia, daban sepultura al entusiasta, al valiente joven que había sido, hasta aquel día mismo, una esperanza para la causa de la República.

NICOLÁS DÍAZ PÉREZ

COLORES DE LA VIDA

«¡La vida es gris!», le oí decir no hace mucho tiempo con tono apocalíptico á uno de esos jóvenes decadentes que quieren cubrir sus desalientos de seres enfermos con el pomposo nombre de *modernismo*.

Educados en el malsano ambiente de los cafés y de los teatros donde exhiben sus desnudeces de lupanar las *divettes* averiadas de los salones franceses é italianos; sin haber tenido tiempo para otra cosa que aplaudir los indecorosos *couplets* que hacen las delicias de los degenerados concurrentes de aquellos centros; hastiados de vivir antes de conocer de la vida más que la escoria, las excrecencias que arroja esta decadente sociedad, producto de las antinaturales trabas de los convencionalismos; educados en ese medio social en el cual la condición más celebrada es el descoco, acaban por negarse á sí mismos al afirmar que el mundo no es más que un inmenso cementerio y sus habitantes esqueletos que cubren sus descarnadas formas con sudarios más ó menos astrosos, macilentas siluetas de fantasmas ultraterrenos que sólo encajan en un cuadro cuyo cielo ostente el color gris de la muerte y un suelo árido sin más adornos que árboles deshojados y flores amarillentas de prolongados tallos con ondulaciones que indiquen la falta de robustez...

¡La vida gris! No; no es gris la vida, ¿qué ha de serlo? No negaré que adquiera ese color vista con las pupilas del anciano, cuyas ilusiones pasaron para no volver; pero aun así, siempre queda en él un grato recuerdo de los gloriosos días de la juventud, de los anhelos sentidos en los torneos del amor, de las satisfacciones obtenidas en las batallas ganadas en la lucha por la existencia, ó de los esfuerzos hechos para ganar las que se perdieron; añoranzas que rejuvenecen la vida y dan alientos para sostenerse sin ambicionar las soledades de la tumba.

La vida es blanca y es roja; blanca en la edad infantil; roja en la juventud, y blanca-gris en la vejez, no faltando en cada una de esas etapas la nota negra, tan necesaria á la vida como lo es el estímulo al desaliento.

Salimos del regazo de la madre para hacer nuestras primeras armas de combate en la escuela; nada nos preocupa en esa edad, el mundo durante ella es un paraíso: el rumor

de las selvas, el siseo del viento, la canción no interrumpida del arroyo y de la fuente, el aleteo y el canto de las aves, el manso ir y venir de las olas del mar, el titileo del sol y de la luna al reflejar sus rayos de oro y plata en la superficie del agua... todo lo vemos blanco, con la blancura inmaculada de nuestros cerebros vírgenes, de nuestros cándidos corazones.

Pero el mundo no tarda en atraernos á su seno, al seno donde se elaboran las armas para la titánica lucha, de la cual son producto todas las grandes concepciones, todas las grandes obras que cantan en esculturales estrofas el genio y el talento del hombre; allí, envueltos en la febril actividad de las aspiraciones legítimas, tomamos un puesto de combate y entramos en la pelea con todos los ardores é inexperiencias del soldado bisoño, y entonces todo es rojo para nosotros, porque la lucha es roja.

Vencidos ó vencedores, lleguemos á la cumbre ó nos quedemos en la falda del monte en cuya cima se yergue el templo de Minerva, siempre queda una satisfacción íntima: al vencedor, la de la victoria; al vencido, la de haber luchado con decisión para obtenerla.

Y esa satisfacción da alientos para continuar peleando hasta el fin, hasta que, convencidos de que el puesto ganado legítimamente es reconocido por los demás, cesa el combate entre los viejos luchadores para dejar paso á los nuevos y jóvenes adalides que se presentan en el palenque de la vida.

Y es cuando empieza la tercera etapa, que he señalado con el color blanco-gris; mas entonces tiene razón de ser esa transformación de color, porque se ha vivido el tiempo necesario para ello, se ha luchado, y se ha pasado por el rojo.

Pero que jóvenes inexpertos, sin otros desencantos que los recibidos de alguna *cocotte*, sin haber luchado en otros torneos que los del vicio ni visitado más templo que los de Baco, se atrevan á decir, y aun á escribir, que todo lo ven gris en la vida, es risible, grandemente risible; es ridículo, soberanamente ridículo.

¿La vida gris? Roja y muy roja, como lo es la lucha, como lo es la sangre que circula por nuestras venas.

ANTONIO APOLO

La mujer esclava

Desde que la humanidad existe, la mujer es esclava del hombre.

Cuando las tres cuartas partes de los monos, armados de palos y de zarpas, cubiertos de pelos, las quijadas salientes y la frente deprimida, era natural que nuestros antepasados prehistóricos se condujesen lo mismo que las fieras. Las hembras no eran para ellos sino presas que se disputaban á pedrada limpia, teniendo siempre la negligencia de pedir el consentimiento á sus compañeras azoradas. Conquistadas en alta lucha, era menester que ellas rindiesen en trabajo la comida que les proporcionaba su amo, y toda labor que á éste no le agradase, era á su sierva á quien se lo imponía.

En la mayor parte de los pueblos primitivos actuales, la mujer es considerada y tratada como una bestia de carga. Nosotros creemos que la suerte de las nuestras no es muy distinta de la de aquéllas.

Los hombres primitivos se apoderaban de sus esposas por la violencia; nosotros nos apoderamos de las nuestras por la astucia, que consiste en hacerlas vivir en completa ig-

norancia respecto de lo que es el matrimonio y la vida, y en pedirle en seguida un consentimiento falaz. El hombre primitivo consideraba á su compañera como una cosa; nosotros la creemos parte de nuestro patrimonio. Nosotros aterrorizamos á la doncella por medio de convencionalismos implacables, hechos á nuestro gusto; aterrorizamos á la esposa por medio de leyes sanguinarias, hechas por nuestro provecho. Es siempre el régimen del rapto y de la violencia el que impera, legado que nos dejaron nuestros antepasados.

Y, sin embargo, nuestras quijadas han disminuído, nuestras zarpas se han transformado en uñas, nuestro cráneo se ha ensanchado.

Buenas almas hay que creen legítimo que la mujer se mantenga dentro de una condición inferior á la del hombre, ya que ella es más débil. ¡Lógica de fieras! Si las palabras *derecho* y *deber* estuviesen desprovistas de sentido, convendría decir todo lo contrario. Hace falta imponer más deberes á los fuertes, y acordar más derechos á los débiles. La debilidad de la mujer es relativa. Sin embargo, hay ciertas mujeres que son más robustas que muchos hombres. En no pocas especies de animales, la hembra es tan fuerte como el macho, y en el combate aquélla es aún más terrible.

La debilidad no es, pues, una herencia secundaria de la función maternal. Si la mujer es hoy día más delicada que su compañero, lo es por el resultado de una larga división de trabajo. El, guerreando y cazando; ella, cuidando de la casa y de sus pequeños. La fuerza muscular no es de importancia dentro de la vida social contemporánea; ella no puede ser, pues, un motivo de desigualdad. En la mayoría de los casos es la energía cerebral la que triunfa. El cerebro de la mujer no ha sido capaz de producir tanto pensamiento y voluntad como el del hombre. ¿Se seguirá diciendo que debe ser sometida á la tutela del hombre por este solo hecho? Pues ¿y los hombres de pocas luces, por qué han de tener más derechos que las mujeres inteligentes?

Siempre ha pasado lo mismo. Los nobles se oponían á la emancipación de los burgueses, porque se creían superiores á ellos. Los burgueses tampoco quieren que los proletarios se rediman; también ellos se creen superiores á sus explotados. Los militares quieren ser superiores á los hombres civiles, y los curas á los laicos. Los que se llaman civilizados miran con desprecio á los salvajes, sin apreciar que la distancia que separa á unos de otros no es más que un accidente de la evolución general. Cada pueblo se cree superior á su vecino. Cada uno de nosotros se cree más perfecto que el resto de los mortales. La creencia en el hombre es su superioridad sobre la mujer, no hay otros motivos más importantes. Es una mezcla de error egoísta y un deseo de dominación.

En lo que toca al deseo de dominación, con la lectura del Código se apercibe bien pronto que son los hombres quienes han hecho las leyes. La manera con que los legisladores hablan de los deberes y los derechos de las esposas, y lo diferente con que juzgan el adulterio de su sexo ó del masculino; el modo con que tratan á la joven madre y al hijo natural, son cosas verdaderamente graciosas. En los hombres se ve un egoísmo innato y un gran cinismo. El poder legal del marido se podría decir que no tiene límites. El de la esposa es nulo. Ella le pertenece, pero no él á ella. La dicha de la mujer depende del humor del hombre. La ley que la entrega no la defiende.

Para que el amor pueda nacer y durar entre el amo y la sierva, precisan circunstancias bien excepcionales. La mayor parte del tiempo no hay amor; hay, ó cambio de deseos momentáneos, ó más bien brutalidad de una parte y sumisión de la otra. En materia de matrimonio, la propiedad es la violencia.

Para escapar de este estado humillante de cosa poseída, la mujer desea emanciparse

de la tutela masculina y vivir de su propio trabajo. Pero todavía se encuentra delante de burgueses que por precio de labores repugnantes le ofrece salarios irrisorios. ¡Siempre el fuerte pisoteando al débil!

Para no morir de hambre, muchas mujeres buscan refugio en la prostitución. ¡Si aun allí estuviesen seguras!

Cada vez que la mujer intenta emanciparse, no pretende nada del otro jeeves: desea ser persona. El hombre pone todos sus esfuerzos en privárselo, impidiéndole que desarrolle sus facultades. Los diputados no quieren mujeres electoras ni elegibles; los magistrados no quieren mujeres abogadas; los médicos no quieren mujeres agregadas ó profesoras. En las Escuelas de Bellas Artes, los discípulos-hombres conspiran contra los discípulos-mujeres. A pesar de todas esas dificultades, existe un número, aunque reducido, de mujeres que ejercen ciencias, letras, artes, y algunas veces lo hacen mejor que los hombres.

No hay que disimularlo: en el fondo, el hombre desprecia á la mujer, y esta educación que le afecta frente de ella, no es más que una abominable hipocresía, destinada á disfrazar la condición de esclava, en la que la mantiene continuamente. Bajo el barniz del aparato, es siempre el amo feroz y brutal. Este desdén se refleja hasta en el lenguaje. Para significar á todos los seres de nuestra especie, decimos: el hombre, los hombres, la humanidad. La mujer es comprendida á título de accesorio; ni se le hace el honor de nombrarla...

Cuando el sér masculino afirma que la mujer ha llenado el fin de su vida social, y que por respeto á la delicadeza de su organismo no puede exigírsele más, el hombre miente. Si esto fuera cierto, el hombre se hubiera encargado de todos los trabajos penosos ó repugnantes, y hubiera dejado á su amiga todos los trabajos sedentarios en el primer lugar del estudio. Que se diga claramente que el hombre no ha querido hacer más por su compañera. Desde el origen de las sociedades ha sido un obstáculo á la ilustración de la mujer. ¿Por qué? Porque un esclavo instruido es un mal esclavo.

La educación de la niña es una educación de sirviente. Nadie se preocupa de desarrollar sus aptitudes; se la acostumbra á creerse inferior. Se le enseña lo menos posible y se le deja libre el campo de la coquetería, ya que no es peligroso para las prerrogativas masculinas. Pero se guarda bien de ponerla en conocimiento de las ciencias, que le abrirían los ojos sobre las mentiras religiosas y sociales, fundamento de su servidumbre. No se quiere que ella se interese en la vida pública, que mire la sociedad cara á cara, y que juzgue libremente todas las instituciones, ideas que podrían sugerirle la rebelión.

Se la encierra dentro de casa, con las cazuelas y las labores del ganchillo. Se le embrutece la inteligencia por medio de lecturas necias; se le empequeñece su carácter por la costumbre de la obediencia. ¡Obedecer! Esto es lo que desde la edad más corta se le hace comprender, como la cosa más importante de su vida. Al mismo tiempo se la excita su sentido moral por exhortaciones que llaman virtuosas, y que, en realidad, son degradantes. Se le hace creer que es un pecado amar lealmente y ser madre antes de tiempo; pero se le dice que no peca vendiéndose á un viejo, siempre que el lazo esté atado legalmente. Ocultándole la verdad, reglamentando sus lecturas, se la ultraja; se le hace una injuria suponer que, entregada á sí misma, sería incapaz de retenerse; se la considera, como el cristianismo, un sér impuro. Envilecida dentro de su cuerpo, y, lo que es peor, dentro de su cerebro, la mujer es la víctima de todas las supersticiones y de todos los prejuicios.

Pues bien: nosotros queremos para la mujer, lo mismo que para el hombre, una edu-

cación verdaderamente científica. Las ciencias, y, sobre todo, las ciencias naturales, le son indispensables á la mujer. Primeramente, sacar de su cerebro todas las estupideces religiosas. Y después, ya que la mujer tiene por principal objeto proveer de seres á la humanidad, es menester que sepa lo que es un organismo, lo que es la vida, el amor, la muerte, etc., etc. ¿Cómo puede pretender el cuidado de un niño, si ignora la anatomía, la fisiología y la medicina?

Esclava desde siglos y más siglos, la mujer ha conservado los hábitos de esclava, pensamientos de esclava, gustos de esclava. Observadla: en la más honesta encontraréis trazas de venalidad. Al ofrecimiento de unas telas nuevas, de un regalo cualquiera, se vuelve más tierna, más cariñosa. ¿No es esto vergonzoso? Como todos los esclavos, la mujer aplaude el éxito; prefiere la mediocridad que se convierte en luz, al mérito que está en la sombra; ella tiene necesidad de aparecer, de atraer las miradas, un mal deseo de dominar, de humillar. Como los salvajes, ama las cosas doradas, los aparatos inútiles y relumbrantes; horas enteras las mujeres pasan en los escaparates de los joyeros, delante de cosas feas, pero que brillan; se cubre de collares, de brazaletes, de sortijas, de colgantes, de una infinidad de baratijas que no tienen valor moral, costándole mucho dinero y acabando por agravarle en la lucha por la vida.

Toda su *toilette* no es otra cosa que un desafío á la higiene y al buen sentido. Ella lleva plumas sobre la cabeza, como los salvajes (y nuestros generales). Como los salvajes, ella lleva también amuletos, ó trébolés á cuatro hojas. Le gustan también las pinturas corporales, iluminando sus ojos y pintándose las cejas y los labios. Como los salvajes, la mujer se deforma y se mutila, agujereándose las orejas para colgarse objetos. Ella comprime sus pies, metiéndolos dentro de unos zapatos extravagantes, que le impiden andar con naturalidad; ella comprime sus pulmones y su estómago dentro de un corsé, comprometiendo su salud y la de los hijos que nacerán de ella... si *puede* ser madre. Pero esto es bien cierto: dentro de los cerebros que la esclavitud ha deprimido, la vanidad es la que impera.

Es menester que esto cese. Es preciso que la mujer se haga cargo de su valor social, de su estado lamentable; que rehuse ser más tiempo un juguete de lujo, ó bien una sirvienta, y por todas partes una propiedad. Hace falta que reclame la libertad y la posesión de sí misma. Cuando desee ser libre, lo será. La mujer libre sería la revolución; imposible calcular las consecuencias de la emancipación de la mujer. Sería el fin de las religiones, que no subsisten más que por ella, y por ella tienen aún al niño y al hombre. Sería también el fin de las guerras; carnicero del hombre, aparición que las madres detestan cordialmente. La mujer instruída y tomando parte en la vida social, sería un medio de pacificación y de desarmamiento, más eficaz que todas las palabras engañosas de los déspotas. Sería también el fin de la prostitución y del alquiler mercenario y vil. Lo mismo que el fin del reinado de la violencia y del aplastamiento de los débiles por los fuertes. Sería el advenimiento de la piedad y de la bondad.

La mujer libre representa una nueva humanidad, que se levanta sobre las ruinas de la presente, que tiene ya todas las trazas de un gran cementerio, de un gran campo de batalla después de la lucha.

RENÉ CHAUGHÍ.

REVISTAS Y PERIÓDICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

L'Humanité Nouvelle.—Importante revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte.—9, Rue Garnier Neully-sur-Seine.

Revue Franco-Allemand.—45, rue Custine XVIII^e, Paris.

El Obrero Albañil.—Tucumán, 3.211, Buenos Aires.

Freedom.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.

Les Temps Nouveaux.—Rue Mouffetar, 140, Paris.

La Protesta.—Lista de Correos, Línea de la Concepción.

La Defensa del Obrero, Gijón.

El Obrero.—Badajoz.

La Protesta Humana.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

El Nuevo Ideal.—Maloja, 172, Habana.

El Rebelde.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.

La Question Sociale.—Box, 1.639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).

El Obrero.—Calle Méjico, 3.376, Buenos Aires.

El Despertar.—99 Madison St. Paterson New Jersey (U. S. A.).

L'Avenir Sociale.—Messina (Italia).

La Campaña.—Correo, 5, Santiago de Chile.

La Voz de la Mujer.—Corrientes, 953, Rosario de Santa Fe.

A Obra.—Rua do Norte, 165, Lisboa.

La Aurora.—Minas, 117, Montevideo.

L'Università Popolare.—Via Tito Speri, 13, Montova (Italia).

L'Education Libertaire, rue Reuilly, 3, Paris XII^e.

Le Reveil des Travailleurs, rue Monulphe, I, Liège (Bélgica).

La Alarma, Sardà, 33, Reus.

L'Emancipation, 30, Chaussé Saint Pierre, Bruxelles.

El Obrero Moderno.—Balsas, 3, Murcia.

L'Avenir.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.

Germinal.—Box, 1.136, Paterson, New Jersey.

Le Reveil.—Rue des Savoises, 6, Ginebra (Suiza).

El derecho á la vida.—Casilla de Correos, 305, Montevideo.

L'Agitazione.—Casella Postale, núm. 299, Roma.

El Acrata.—Correo 3, Casilla 86, Santiago de Chile.

La voz del esclavo.—1.405, Franklyn, Tampa Flá.

Palestra Social.—Rua Libero Badaró, 82, Sao Paulo (Brasil).

Federación.—Box, 81, Tampa Flá.

El Productor.—Provenza, 35, 2.^o, 2.^a Barcelona.

Tribuna Libertaria.—Calle Río Negro, 274, Montevideo.

L'Aurora.—Box, 203, Spring Valley Ill. (E. U.)

Ontwaking.—Deurnestraat, 15, Antwerpen (Bélgica).

Neues Leben.—Adalbert Str., 99, Hof, I, 49-II, Berlín, S. O.

Fraternidad Obrera.—San Fernando, 70, Cartagena.

El Cosmopolita, Panaderos, 18, Valladolid.

Retratos.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkin, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín Salvochea, mártires de Chicago, y el de los extrañados de Barcelona, á 15 céntimos; todos en magnífico papel couché.

LA REVISTA BLANCA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>España, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.....</i>	<i>1,50 pesetas</i>
<i>Idem id. id., un año.....</i>	<i>5 —</i>
<i>Paquete de 12 ejemplares.....</i>	<i>2 —</i>
<i>Un ejemplar.....</i>	<i>0,25 —</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.

LA REVISTA BLANCA publica un SUPLEMENTO semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

<i>España, Gibraltar y costas de África, trimestre.....</i>	<i>1 peseta</i>
<i>Idem id. id., año.....</i>	<i>4 —</i>
<i>Paquete de 30 ejemplares.....</i>	<i>1 —</i>
<i>Número suelto.....</i>	<i>0,5 céntimos.</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.
